

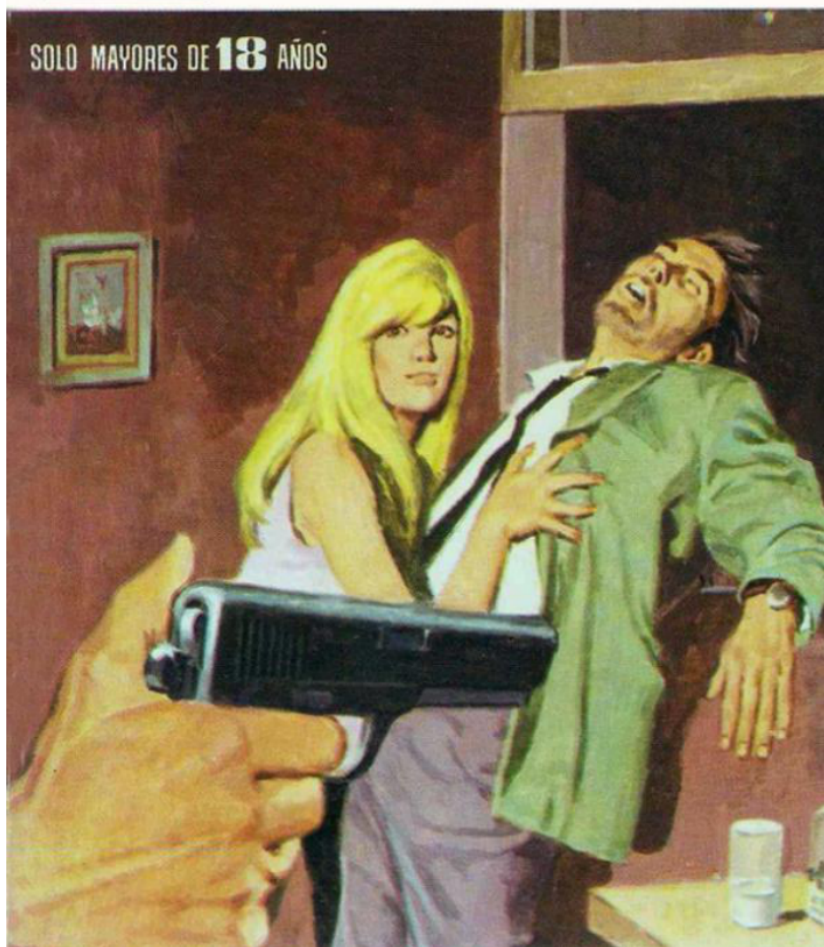
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LA LARGA MANO DE LA MUERTE

Clark Carrados

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

LA LARGA MANO DE LA MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 1008
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84 02 02520-X
Depósito legal: B. 20.601-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1981

© Clark Carrados - 1981
texto

© Martín - 1981
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.753 — Rancho Veneno.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.614 — El tigre y yo.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.658 — Sed de odio, sed de sangre.
- En Colección CALIFORNIA:
812 — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
1.030 — Derrota y victoria.
- En Colección BRAVO OESTE:
626 — Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818 — El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635 — Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138 — Contratados para morir.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
66 — Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO:
1.005 — Cómo gastar un millón de dólares.

CAPÍTULO PRIMERO

El gran auditorium estaba a rebosar. Varios millares de personas gritaban hasta enronquecer, mientras agitaban banderitas de todos los tamaños y blandían pancartas con el nombre del candidato.

Una banda de música interpretaba sin parar alegres marchas. En el escenario, donde muy pronto iba a pronunciar uno de sus últimos discursos de la campaña electoral el candidato favorito, un pelotón de «majorettes» evolucionaban constantemente al compás de la música.

El escenario estaba adornado con banderas nacionales y la del oso, del estado de California, de enormes dimensiones, ocupaba buena parte del telón posterior del estrado.

El anfiteatro era abierto, con una gran concha para caja de resonancia de conciertos y discursos. En las gradas semicirculares había cabida para casi diez mil personas.

Detrás del anfiteatro había una amplia avenida y, al otro lado, un alto edificio de unos treinta pisos. Había bastantes policías vigilándolo todo.

Un agente de uniforme se acercó al rascacielos, en cuya puerta había dos colegas.

—Voy a la azotea a relevar al que está allí —anunció.

—Está bien —contestó otro.

El griterío, mientras tanto, se hacía ensordecedor. Las pancartas se agitaban constantemente: «EL JUSTO HANNINGS SERA NUESTRO ALCALDE». «HANNINGS. HANNINGS Y SIEMPRE HANNINGS», «VOTA A HANNINGS», «ALCALDE HONRADO: HANNINGS», eran los textos más comunes de los carteles que sostenían los palos en constante movimiento. Mientras, el policía continuaba subiendo en el ascensor.

Momentos después, salía a la azotea. Se acercó al agente que vigilaba junto al parapeto y le tocó en el hombro.

—Puedes marcharte —dijo.

—Está bien.

El policía aguardó todavía unos momentos. Con burlona sonrisa, contempló el espectáculo que desde aquel lugar podía presenciarse con todo detalle. Desde el parapeto al estrado había unos ciento ochenta metros, calculó.

Al cabo de unos segundos, corrió a una caseta de los ascensores. Abrió un armario situado al pie y extrajo una maleta. Acucillado, empezó a montar el fusil.

Volvió a sonreír, complacido, una vez montada el arma. La acarició con deleite. Jamás le había fallado. Nadie había sabido nunca cuándo disparaba. Y la mira telescópica aseguraba una puntería perfecta.

Sandey Larsmill se sentía orgulloso del fusil y también de sí mismo. En una ocasión, había conseguido un blanco perfecto a trescientos veinte metros. Jamás defraudaba al que le contrataba. Cobraba muy caro, pero valía la pena.

Repentinamente, se oyó un colosal alarido. Ya llegaba el candidato, seguido de su plana mayor y de una nube de fotógrafos y periodistas. Las cámaras de televisión seguían puntualmente el menor de sus movimientos.

Hannings era un hombre alto, rubio, de ojos azules, corpulento pero también esbelto, enormemente atractivo. Las mujeres ponían los ojos en blanco cuando pasaba por su lado. Atendió a las preguntas de un par de reporteros de radio y luego subió ágilmente al estrado, elevando los brazos en señal de saludo y victoria al mismo tiempo.

Larsmill apoyó el codo izquierdo en el parapeto y la culata del fusil en el hombro izquierdo. Con la mano derecha, graduó ligeramente el visor de puntería. La imagen del candidato apareció nítidamente en el centro del círculo, cruzado por los dos hilos perpendiculares que marcaban exactamente el lugar del impacto.

Dos o tres personas se acercaron repentinamente a saludar al candidato. Los hombres de seguridad empezaron a despejar el estrado. Hannings volvió a saludar sonriente. Larsmill ajustó más el visor.

Estaba concentrado en su tarea y no advirtió al sujeto que se le aproximaba por detrás, encogido, sin hacer el menor ruido, debido

a los zapatos con gruesa suela de goma que calzaba. Cuando Larsmill sintió dos manos en los tobillos, era ya tarde.

El hombre hizo fuerza hacia arriba, levantando los pies de Larsmill hasta la altura de sus hombros. Larsmill empezó a gritar. Trató de sujetarse con las manos al parapeto, para lo cual hubo de soltar el fusil, que empezó a caer revoloteando hacia la calle, a casi cien metros más abajo.

Pero el ataque del sujeto era devastadoramente rápido. Cuando tuvo a Larsmill inclinado en un ángulo de unos veinticinco grados, hizo un poco de fuerza hacia adelante. El cuerpo de Larsmill salvó el parapeto y empezó a caer hacia la calle, dejando tras sí una ululante estela de sonido.

Mientras, al otro lado, sin aguardar al resultado de su acción, corría velozmente hacia el lado opuesto de la azotea. Llegó al parapeto, se puso a horcajadas y agarró la cuerda con nudos que había allí, sujeta por un garfio de tres puntas.

La parte posterior del edificio daba a un parque público, desierto en aquellos momentos. Val Darnell descendió rápida y ágilmente hasta una ventana situada dos pisos más abajo.

Hizo un leve balanceo y metió el cuerpo en el interior. Luego, con ambas manos, sacudió la cuerda y el arpeo cayó de las alturas.

Mientras, el candidato iniciaba su discurso que, todos estaban seguros le iba a proporcionar la victoria en, las elecciones que ya se avecinaban.

En pie, junto al gran ventanal, desde el que se divisaba una espléndida vista del océano, Darnell, con las manos a la espalda, movía los dedos incesantemente, a la vez que respiraba con largos intervalos, para conseguir la calma que le era necesaria, a fin de conversar con su amigo sin nerviosismo y con la frialdad necesaria para evitar frases que luego tuviera que arrepentirse.

Sentado en una butaca, Hannings, con un vaso en la mano, era la antítesis de lo que había sido la mañana, durante el discurso. Estaba abrumado y cualquiera habría dicho al verle que ya se habían celebrado las elecciones y que su contrincante había ganado por amplio margen.

De pronto, Darnell, se volvió hacia el candidato.

—Maldita sea, Stephen, tienes que decírmelo «ahora», cuando todo está a punto, cuando nos faltan menos de dos semanas para las

elecciones. ¿Por qué no hablaste claro desde el principio? ¿Soy o no tu amigo, por todos los diablos?

—Lo eres, pero nunca creí...

Darnell lanzó una amarga carcajada.

—«El Justo», «El Honrado», «El Incorruptible»... eso es lo que decían las pancartas hoy... ¿Qué dirán cuando se sepa la verdad?

—No dirán nada, si tú me ayudas, Val. Siempre me apoyaste, creíste en mí: pensabas que era el hombre adecuado para barrer la corrupción que pudre a esta ciudad... —De pronto, Hannings golpeó la mesa con un puño—. ¡Por Dios, que lo soy! —gritó—. Pero esa maldita mujer me tiene cogido por el cuello...

—La verdad es que no te portaste demasiado bien con su padre —dijo Darnell.

—Hice lo que creía mi deber. Todos los periódicos, sin excepción, incluso el Advertiser, que es de la oposición, alabaron mi tarea en aquel asunto. Mowatt fue adonde debía ir: a la cárcel.

—Y ella quiere ahora...

Hannings señaló la carta que había recibido un par de horas antes.

—Ahí lo tienes —dijo—. Exige, nada menos, que renuncie a mi candidatura. O sacará los trapos sucios al sol.

—¿Qué trapos sucios, Stephen?

Hannings remoloneó un poco. Al fin, dijo:

—Están en un sobre de color blanco, de papel muy fuerte, en la caja de seguridad. El propio Mowatt me lo enseñó en cierta ocasión, poco antes del juicio. Naturalmente, me sujetaban dos de sus gorilas, para evitar que rompiera los documentos. Algunos de ellos, te lo juro, son falsos, aunque admita la habilidad del falsificador. Otros, sí, son auténticos... Maldita sea, un hombre tiene derecho a ciertos momentos de debilidad, me parece, Val.

—Esos documentos, supongo, incluyen nombres —dijo Darnell.

—Claro.

—Y situaciones, lugares y fechas.

—Por supuesto.

—Bien, entonces, dame todos los detalles...

—No. Tráeme el sobre, es todo lo que necesito.

Darnell se enfureció.

—Escúchame bien, futuro alcalde. Correteábamos juntos por las

calles cuando éramos unos niños... tú tenías tres más que yo y cuidabas de mí como un hermano mayor y lo mismo hiciste en la Secundaria y en la Universidad. Nacimos de distintas madres, pero nos hemos considerado siempre como hermanos. Hoy mismo te he salvado la vida. O confías en mí o empezaré a pensar que no eres el hombre justo que todos pregonan.

Hannings se agitó nerviosamente en su butaca.

—Por favor, Val, no me obligues...

—Si confías en mí, sabrás que no saldrá una sola palabra de mis labios —aseguró Darnell—. Pero no daré un solo paso, sin conocer el menor de los detalles que te comprometen. Por cierto, ¿cómo no aprovechó Mowatt para obligarte a moderar tus acusaciones en el juicio?

—Sabía que no conseguiría nada. Naturalmente, habría arruinado mi carrera, pero yo no cedí, cuando él intentó hacerme chantaje. Por eso calló, porque sabía que todo sería inútil. Sin embargo, después, al terminar el juicio, dijo que seguía guardando los documentos y que un día los utilizaría contra mí. Él sabía que yo tenía ambiciones políticas y que el caso me haría ganar mucho prestigio, como así ha sido, en efecto. ¿Por qué crees que me presenté para alcalde?

—Mowatt fue a la cárcel hace casi tres años. En todo este tiempo, ¿no has podido conseguir el sobre?

—No. Incluso di el asunto por concluido, ya que Mowatt murió en la cárcel, como sabes. Pero ahora es la hija quien me lanza la amenaza y esta vez sí tendría que ceder. Ahora no tengo a nadie a quién enviar a la cárcel —dijo Hannings tristemente.

—Me pregunto por qué diablos quiere esa chica que renuncies a tu campaña. ¿Qué puede importarle a ella que seas o no el próximo alcalde?

—No lo sé. Yo tampoco encuentro respuestas para ese enigma, pero si no lo soluciono, tendré que abandonar. Y no me gustaría, Val, no me gustaría en absoluto.

Hubo una pausa momentánea. Darnell se sirvió un *whisky* y encendió un cigarrillo. Por un momento, pareció disminuir la tensión entre los dos hombres.

Hannings trató de sonreír.

—Val, ¿cómo te imaginaste que el asesino podía estar allí? —

preguntó.

—Era el sitio más lógico. Hay gentes poderosas interesadas en que las cosas sigan como están. Simplemente, sospeché que un tirador podía apostarse en la azotea.

—Iba disfrazado de policía. Nadie lo advirtió.

—Larsmill era el hombre más astuto que he visto en mi vida, además de frío y despiadado. Hasta ahora, jamás había fallado en un «contrato».

—¿Cómo llegaste hasta la azotea, sin que él lo advirtiese? La caseta de los ascensores estaba cerrada por fuera. Los policías tuvieron que derribar la puerta y no encontraron rastro del hombre que, se supone, lanzó a Larsmill al vacío.

—Fue sencillo. Días antes, alquilé una habitación de la parte posterior. Hay siempre apartamentos libres en aquel sector del edificio. Eran dos pisos y utilicé una cuerda con garfio, para trepar hasta la azotea. Larsmill, además, cometió el error de no examinar la azotea antes de disponerse a tirar contra ti.

—Y te acercaste por detrás...

—Lo agarré por los tobillos y lo arrojé fuera de la azotea —contestó Darnell sin pestañear—. Era un perfecto canalla, el hombre más vil de que se pueda tener memoria. Nadie le llorará, puedes estar seguro.

—¿Crees que Burton Rhein ha tenido algo que ver en el asunto?

—Nunca se lo podrías probar. Burton lo dijo a Pedro. Pedro se lo dijo a Juan. Juan a Ricardo... y así una cadena, hasta que alguien se entendió con Larsmill. Pero Ricardo, por ejemplo, no sabe quién se lo encargó a Juan ni Juan sabe en interés de quién actuaba Pedro... ¿Lo entiendes?

—Sí, desde luego, Val, ¿harás lo que te pido?

—Ya conoces la única condición que te pongo —respondió Darnell.

Hubo un instante de silencio. Hannings se rindió finalmente.

—De acuerdo.

Diez minutos más tarde, Darnell tenía una lista de nombres en el bolsillo.

—Empezaré por la actual propietaria del sobre —declaró.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y una hermosa mujer apareció en el umbral.

—Perdonad que os interrumpa —dijo la señora Hannings—. Sólo quiero saber si Val se va a quedar a cenar, para poner un cubierto más en la mesa. Luego podéis seguir hablando de vuestras cosas...

—No, gracias, Laura —contestó Darnell—. Me gustaría quedarme a cenar, pero, por desgracia, tengo trabajo.

Laura Hannings sonrió maliciosamente.

—¿Trabajo... o lo «otro», Val? ¿Quién es la afortunada esta noche?

Darnell se volvió hacia su amigo.

—Tu esposa se confunde conmigo. Me cree un James Bond, que las derrite con un simple chasquido de dedos o algo por el estilo. Laura —añadió—, la fama no corresponde siempre a los hechos. Salvo en el caso de tu esposo, naturalmente.

—Sí, sí, tú hazte el inocente y mañana habrá otra mujer con el corazón roto —dijo Laura riendo—. Val, de veras, siento que no te quedes a cenar con nosotros.

Darnell tomó la mano de la joven y la besó galantemente.

—Laura, a veces comprendo a los que matan por pasión —dijo—. Me marchó, para resistir la tentación de dejarte viuda.

Ella rió, halagada.

—Eres sincero, sólo hasta cierto punto —contestó—. Pero ven a comer pronto con nosotros.

—En cuanto me sea posible —respondió Darnell. Miró a su amigo—. Stephen, duerme tranquilo —se despidió significativamente.

CAPÍTULO II

La joven estaba sentada ante el tocador, retocándose ligeramente los labios, cuando entró su sirvienta y le anunció la visita de un hombre.

—¿Quién es, Marta? —preguntó Sigrid Mowatt.

—Dice que se llama Val Darnell y que desea hablar urgentemente con usted. Señorita, yo tengo que salir, usted sabe...

—Está bien, Marta, yo recibiré al señor Darnell. Hágale pasar al salón, por favor.

—Sí, señorita.

Sigrid Mowatt se puso en pie. Era de elevada estatura, delgada, pero rotundamente femenina, con el pelo intensamente negro, peinado en dos bandas a ambos lados de la cabeza y recogido en un gran moño, lo que dejaba al descubierto el perfecto óvalo de su rostro y el esbelto cuello de cisne. Las pupilas eran verdes, atractivo contraste entre el blanco de las facciones y el color ala de cuervo de la cabellera.

Estaba en prendas íntimas y se puso un peinador corto. Anudó el cinturón y salió con paso largo y elástico. Darnell se puso en pie al verla.

—Señorita Mowatt...

Ella le indicó un asiento.

—No puedo decir que sea un placer conocerle, señor Darnell —manifestó hostilmente—. Nunca sentiré alegría al saludar a un amigo de Hannings.

—La conversación no se inicia precisamente bajo lo que suele llamarse buenos auspicios —comentó Darnell sin inmutarse.

—Puedo ser cortés, pero no por ello pienso ceder en mi decisión —dijo ella—. Me imagino los motivos de su visita, de modo que ya puede volverse y decirle a su jefe que pierde el tiempo. La única salida que le queda es renunciar a su candidatura. Eso es todo,

señor Darnell.

—Muy bien, señorita Mowatt, lo que me ha dicho no es nada bueno. Sin embargo, y siempre que no haya objeción por su parte, me gustaría conocer los motivos de su actitud. Porque no obra sin alguna razón, ¿verdad?

—¿Es que no se siente capaz de imaginárselo?

—Me parece que el rencor por lo que Hannings hizo a su padre no es suficiente explicación —dijo él.

—Ah, le parece poco...

—No, no, entiéndame. Visto desde una perspectiva imparcial, usted tiene sus razones. Hannings era fiscal y consiguió que el jurado admitiese las pruebas presentadas: Por tanto, su padre fue a la cárcel.

—Y allí murió, abrumado por el dolor y la vergüenza de saberse condenado siendo inocente, por las pruebas amañadas por un fiscal sin escrúpulos.

—El defensor no pudo refutarlas. La honradez del juez Villar parece fuera de toda duda. ¿Es que no es capaz de admitir que su padre sí pudo delinquir en un momento dado?

El pecho de la joven palpitó violentamente.

—Era inocente —insistió.

—Será mejor que no discutamos este aspecto de la cuestión —propuso Darnell, dándose cuenta de que le había tocado un hueso muy duro de roer—. El señor Hannings cumplió su deber de fiscal y su padre, dándose cuenta de que ya no tenía otra salida, no se atrevió siquiera a utilizar los documentos contenidos en un sobre que guarda usted, porque sabía que ello no le libraría de la condena que merecía. Otro fiscal hubiera tomado el caso a su cargo y el resultado habría sido el mismo.

—Es probable —convino Sigrid—. Pero ahora la cosa es diferente.

—¿En qué se diferencia esta situación de la anterior?

—Primero, mi padre ya no existe. Por tanto, yo puedo hacer el uso que prefiera de esos documentos. Segundo, el señor Hannings tiene grandes ambiciones políticas. Ahora quiere ser alcalde, más tarde podrá presentarse para gobernador de California. Un día, llegará a senador de los Estados Unidos. Y como meta, aunque todavía lejana, está la presidencia del país. Esos documentos

destruirán su carrera. Volverá a ser un oscuro picapleitos, arruinado y sin prestigio, y nadie le mirará más a la cara.

—Es decir, usted lo toma como venganza personal.

—Sí —contestó firmemente—. Puesto que ha venido a conversar conmigo, hagámoslo con toda franqueza. Es mi venganza y nada ni nadie me hará desistir de mi actitud.

Darnell guardó silencio unos instantes. Luego, en tono suave, dijo:

—Señorita Mowatt, quizá ese sobre pudiera desaparecer...

Ella sonrió desdeñosamente, a la vez que se ponía en pie.

—¿Quiere acompañarme, por favor, señor Darnell?

Sigrid le guió hasta una salita íntima, agradablemente decorada, en una de cuyas paredes se veía un gran espejo veneciano, de cuerpo entero, con marco de cornucopia dorada. Alargó una mano, hizo presión en un determinado punto de la pared y el espejo giró silenciosamente, dejando a la vista la puerta de una caja de caudales de casi dos metros de altura por uno de ancho.

Darnell respingó de asombro.

—Menuda «lata» —exclamó sin poder contenerse—. Bonita, ¿verdad? —sonrió Sigrid—. Señor Darnell, yo sé que usted es gran amigo de Hannings y que ha hecho para él algunas cosas poco éticas. No discutiremos este asunto, porque no interesa, salvo por el hecho de que presiento que intentará conseguir ese sobre por todos los medios. Bien, escúcheme con atención.

Ella hizo una corta pausa y prosiguió:

—El espesor de la puerta de esta cámara acorazada alcanza los quince centímetros, lo mismo que las paredes, incluso la trasera, que suele ser el punto débil de toda caja fuerte. Para abrirla, se necesitan varias alarmas, que sólo yo conozco. Además, está protegida por una serie de alarmas, las cuales he desconectado cuando veníamos, sin que usted se diese cuenta siquiera de lo que hacía. Para abrirla, tendría que recurrir a emplear algunas toneladas de dinamita, lo cual destruiría la casa. Entonces, tendría que desescombrar y perdería horas enteras antes de llegar al objetivo. El sobre está aquí más seguro que en la caja de cualquier Banco. Y usted, aunque bastante trapacero, no es hombre capaz de secuestrarme y someterme a tortura para conseguir que le abra la caja, ¿verdad?

Darnell hizo una reverencia.

—Me inclino ante usted, señorita Mowatt —sonrió—. La protección del sobre de los documentos es absoluta... pero sólo en un noventa y nueve por ciento.

—Ciento por ciento —corrigió ella, enfática.

—No, hay un uno por ciento en contra de la seguridad —insistió Darnell.

—¿Quiere explicarse, por favor? —solicitó Sigrid, petulante.

Darnell sonrió.

—Antes de ir a San Quintín, su padre vació de documentos esa caja. Ya no los necesitaba para nada, exceptuando, claro está, el sobre que se refiere al fiscal que lo condenó. En estos momentos, la caja sólo contiene esos documentos, algunos títulos de propiedad, los documentos de un par de hipotecas y, todo lo más, algunos cientos de dólares. Esta misma casa está hipotecada y usted, para decirlo con dos palabras tan solo, está arruinada.

Sigrid entornó los ojos.

—¿Trata de darme a entender que Hannings podría comprarme esos documentos?

—No, rotundamente, no. Es un método opuesto a su forma de actuar y, además, no tiene el dinero suficiente para vencer su resistencia. Pero cuando una persona está en apuros, cuando, de la noche a la mañana puede verse obligada a abandonar esta casa y la residencia de la playa y la cabaña de las montañas, sus opiniones pueden verse afectadas de algún modo.

—Mi decisión es firme. Aunque tuviera que vivir miserablemente, no cedería —contestó Sigrid con energía—. Esos documentos le serán entregados a Hannings cuando haya declarado públicamente que renuncia a presentarse a las elecciones. Las hipotecas, por otra parte, no vencen mañana precisamente. Y si usted se siente capaz de ello... ¡intente robar el sobre!

Darnell volvió a sonreír.

—Mujer valiente, pero también cegada por el odio y el rencor —calificó—. No es buena actitud; a la larga, su vida se verá conturbada por esos sentimientos que pueden acabar por destruirla.

—Hannings quedará destruido mucho antes y eso es todo lo que me interesa, señor Darnell. Ahora, por favor, ya hemos hablado bastante. Vaya a ver a su amigo y cuénteles el resultado de su

gestión.

—Así lo haré —prometió él—. Sin embargo, le convendría tener algo en cuenta: algunos de esos documentos, han sido hábilmente falsificados. Cuando usted los presente, se pedirá un peritaje hecho por expertos imparciales. Hannings podría verse arruinado, pero... en California también hay cárceles para mujeres.

Sigrid no pareció sentirse impresionada por aquellas palabras.

—Le acompañaré hasta la puerta —dijo—. También yo sé mostrarme cortés con mis visitantes.

—Gracias, señorita.

Cruzaron el vestíbulo. Ella abrió y, en aquel momento, apareció un hombre que se disponía a llamar a la puerta.

—Ah, hola, Sigrid... Dispensa, no sabía que tuvieras visita... —dijo el recién llegado.

La joven sonrió.

—Es el señor Darnell y ya se marchaba —contestó—. Señor Darnell, le presento a Randolph Barris, socio de mi difunto padre y en la actualidad encargado de mis asuntos económicos. Randy, éste es Val Darnell.

—¿Cómo está usted? —saludó el joven cortésmente.

—Celebro conocerle —dijo Barris—. Sigrid, tengo que hablar contigo...

—Sí, ahora mismo. Señor Darnell, no sabe cuánto celebro esta conversación. Se lo dirá así al señor Hannings, ¿no es cierto?

Darnell advirtió una punzante ironía en la sonrisa de la joven.

—Puede estar seguro de que lo sabrá muy pronto —contestó.

Giró sobre sus talones, descendió la escalinata de la lujosa mansión y subió a su coche.

Desde el asiento, tendió la mirada hacia el portón de madera oscura y cuarterones artísticamente labrados. Sigrid estaba bajo el dintel, con la mano en una de las hojas y le miraba también, sin dejar de sonreír.

—Quizá mañana tengas que llorar —murmuró él para sí.

Antaño, en aquella mansión pululaban los sirvientes. Hoy sólo una mujer de mediana edad atendía a la muchacha.

En las paredes se notaban los huecos dejados por algunos cuadros que Sigrid se había visto obligada a vender. Tal vez la inminencia de su ruina podía ser el arma con la que obligarla a la

entrega del sobre.

La puerta se cerró al fin y Darnell hizo arrancar el coche.

—De todos modos, es una cerdada —masculló—. Sigrid no se porta bien, es cierto... pero tener que tapar la corrupción del hombre que pretende acabar con la corrupción es... asqueroso.

Sin embargo, sabía que su amigo sería honrado y justo apenas ocupase el sillón del alcalde. Y no había por qué evitar el triunfo de un hombre que, si había pecado tiempo atrás, ahora se sentía sinceramente arrepentido. Había que concederle una oportunidad, resumió así sus pensamientos.

Un poco más adelante, sacó de su bolsillo una lista y la releyó atentamente. Todos los nombres escritos en el papel, figuraban también en los documentos que Sigrid guardaba tan celosamente en su caja fuerte.

El primer nombre de la lista era un tal Jerry Sax. Años antes, había sido propietario de un club nocturno, en el que había una sala de juego clandestina. Hannings había acudido allí una noche, en compañía de una dama de fácil virtud y reputación aparentemente honesta. Después de un rato de contemplar el espectáculo, la dama le había propuesto jugarse unos dólares a la ruleta. Inconcebiblemente, Hannings había accedido, con el resultado de que, al finalizar la velada, había perdido casi dos mil dólares.

Imposibilitado de pagar, había firmado un pagaré. La acompañante le dijo días más tarde que lo había cancelado y que ya le devolvería a ella el dinero, cosa que Hannings, con gran esfuerzo, hizo en varios plazos. Y ya no se había vuelto a acordar del documento, hasta que Mowatt se lo mencionó.

Ahora estaba en poder de su hija, pero, claro, Sigrid no podía guardar también en su caja fuerte a Jerry Sax.

Media hora más tarde, llamaba a la puerta del apartamento donde vivía Sax. No pudo hablar con el sujeto, porque estaba muerto.

Le habían disparado un tiro entre ceja y ceja. Y, al ver su cadáver, Darnell murmuró:

—No ha sido Larsmill, porque está muerto. Sax, ¿quién te ha quitado del mundo de los vivos?

El muerto, naturalmente, no contestó.

CAPÍTULO III

Veinticuatro horas más tarde, Darnell llamó a otra puerta.

Una mujer, de unos treinta y dos años, rubia, muy hermosa, le miró inquisitivamente.

—¿Diga...?

—Señora Crown, soy Val Darnell. ¿Puedo hablar unos minutos con usted?

Ella se mostró vacilante.

—Espero a un amigo...

—Le aseguro que seré muy breve —dijo él.

—¿Policía? —preguntó la mujer, sin abandonar sus recelos.

—Investigador privado. Y absolutamente discreto, señora Crown.

—Muy bien —accedió ella al cabo—. Pase, pero procure ser breve, señor Darnell.

—Gracias.

Opal Crown cerró la puerta y le indicó un asiento. Ella quedó en la butaca de enfrente, muy rígida, con las manos sobre el regazo y las rodillas juntas. Darnell se dijo que Opal Crown poseía todas las cualidades necesarias para despertar una furiosa pasión en cualquiera. Su expresión era suave, delicada, pero las curvas de su cuerpo, y aunque ella no lo deseara, tenían un poderoso atractivo sensual.

—Señora, lo que voy a decirle quedará absolutamente, entre los dos —empezó Darnell—. Por la misma razón, le ruego absoluta franqueza en las respuestas.

—No le garantizo nada, pero puede preguntar —dijo Opal fríamente.

—Señora, el cinco de marzo de mil novecientos setenta y siete, es decir, hace casi cuatro años, usted recibió algunas cartas de un hombre, a las que contestó adecuadamente, dado el sentido de las

mismas. ¿Es cierto eso?

—Sí —admitió ella, con los labios muy prietos—. Pero las cartas carecían de importancia. Eran respuestas a mis consultas verbales por teléfono sobre la inversión de parte de mi fortuna.

—Lo sé. Sin embargo, esas respuestas no mencionaban para nada los asuntos económicos. «Todo marcha bien», por ejemplo, o «Estoy cada vez más cerca del triunfo», pueden tomarse tanto en sentido monetario como en otro sentido puramente... amatorio. Sin contar con «¡Qué suerte tiene el que te ve a diario!», entre otras frases de parecida construcción.

—Se refería a mi esposo. Nos divorciamos hace un par de años.

—Lo sé, pero esas cartas existieron.

—Cierto, no tengo por qué negarlo.

—Y además, usted y «él», no digo el nombre, porque ambos sabemos a quién me refiero, se entrevistaron seis meses después, esto es, hasta septiembre del mismo año, en un reservado del Sevilla, un restaurante de lo más selecto de la ciudad.

—Mi esposo estaba fuera. Acordamos la cita, para tratar de esos asuntos económicos. Y en aquella época, el Sevilla no tenía la fama actual, ya que está tan bien enterado de mis pasos. Entonces, era mucho más discreto.

Darnell sonrió.

—Incluso diría yo que la cocina era bastante mejor que en la actualidad. Bien, volviendo al tema, alguien les tomó una fotografía cuando estaban muy juntos.

Opal desvió la mirada.

—Tuve un momento de flaqueza... La verdad es que él ha sido siempre muy atractivo.

—Pero luego pasó algo. ¿Lo explico yo o prefiere hacerlo usted?

—Verá, fue... Nunca creí que él se comportase de aquella forma... Siempre se había comportado con gran mesura...

—En resumen, la fotografía les muestra a ambos juntos y a él, con una mano dentro de su escote. ¿No es así?

—Cierto, pero luego me di cuenta de la verdad...

—Lo sé y con esto me conformo por ahora. Aunque sí deberá decirme una cosa, por favor.

—¿Sí?

—Usted conservó las cartas. Un día él se las pidió y entonces las

echó en falta. Se las habían robado.

—Cierto. Y de ahí vino mi posterior divorcio.

—Entonces, lo hizo el señor Crown.

—No tengo ninguna duda al respecto, aunque él lo negó siempre. Pero era el único que sabía dónde estaban... y el único que podía quitarme la llave de mi secretaire, ya que siempre la llevaba colgada del cuello. Estaba dormida y... Bien, le sorprendí con ella en la mano y dijo que la cadena se había roto mientras yo dormía y que él la había recogido de entre las sábanas... Cuando recapacité, supe que había mentido y lo confirmé al notar la falta de las cartas.

Darnell se puso en pie.

—¿Ve?, ha sido sumamente sencillo, señora. Le doy las gracias más rendidas, señora, y puede tener la seguridad de que el asunto continuará en la más absoluta reserva. Por último, ¿puede decirme la residencia actual de su exmarido?

Opal accedió. Darnell se dijo que no estaría de más unos minutos de charla con Bernard Crown, antiguo esposo de aquella hermosa mujer.

Era un sujeto de gran apariencia, pero Darnell supo muy pronto que Bernard Crown no tenía más que la fachada. En realidad, era un «don nadie», capaz de cualquier cosa por un par de dólares, aunque sin la suficiente resolución para robar y menos aún para matar. Sería infiel a su jefe, revelaría confidencias, traicionaría secretos y, si manejaba algún dinero, quizá alteraría los libros de cuentas, pero sus trampas no llegarían a mayor altura.

No, ciertamente no se había merecido a Opal Crown, se dijo, al saludarle, después de que le fuese abierta la puerta del más ruinoso apartamento en que Crown vivía actualmente.

—Sólo unas preguntas, por favor —dijo muy pronto—. Su esposa pidió el divorcio y le pagó una sustanciosa indemnización para quitárselo de encima.

—Fue siempre una tacaña. Miraba cada dólar como si fuese un diamante de veinte quilates —contestó el hombre rencorosamente.

—Y, sin duda, por eso registró usted su secretaire y le sacó unas cartas, que luego vendió a... ¿quién, señor Crown?

El sujeto se estiró.

—No sé de qué me está hablando...

Darnell le interrumpió violentamente, clavándole el puño en el

estómago. Sin aliento. Crown tuvo que sentarse en una butaca, a la vez que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Mientras el otro se recuperaba, Darnell sacó dos billetes de diez dólares y se los tiró a la cara.

—¿A quién le llevó aquellas cartas? —preguntó.

Crown hizo esfuerzos para recobrar la respiración.

—Se... se llamaba Heck Douglas... Ésas fueron las instrucciones que recibí... por teléfono —contestó entrecortadamente...

—De modo que Douglas, ¿eh? —murmuró Darnell—. Está bien, muchas gracias, ya es suficiente.

Y se encaminó hacia la puerta, pero, cuando se disponía a salir, recordó algo.

—Por curiosidad, solamente —sonrió—. ¿Cuánto le pagaron?

—Dos... dos mil quinientos dólares...

—Me dan ganas de escupir ¡Vender a la propia esposa por semejante miseria!

Indignado, cerró de un portazo. Poco después, llegó a la calle.

Su coche había quedado a prudente distancia del lugar donde vivía el exmarido de Opal. Solía hacerlo así, en determinadas circunstancias, por lo que en la presente ocasión tenía que recorrer una distancia de algo más de doscientos metros.

Un minuto más tarde, se percató de que era seguido.

El coche era largo, de color gris oscuro, y estaba ocupado por dos hombres. El conductor lo hacía rodar a poca velocidad, a fin de amoldarse a su paso. Darnell se dio cuenta de que aquellos dos sujetos estaban esperando solamente la ocasión propicia para hacerle ver sus verdaderas intenciones.

El barrio donde residía Crown no era precisamente una muestra del lujo en las edificaciones. Darnell pasó por delante de un solar vallado y dio la vuelta, para adentrarse en un callejón donde abundaba la suciedad: cubos de basura sin vaciar, cajones vacíos y hasta un par de coches abandonados. Entonces, el mirar con el rabillo del ojo, vio que los dos individuos dejaban el automóvil y se le acercaban a paso de carga.

—Todos lo estábamos esperando —sonrió.

La pareja corrió hacia él. Darnell supo enseguida qué hacían. Eran hampones habituados a dar palizas, romper huesos y cortar mejillas. Le darían una buena tunda, escaparían y él debería

aprender la lección que le iban a impartir sin palabras.

Pero lo que los dos matones ignoraban era que no era la primera vez que Darnell se encontraba en una situación semejante. En una ocasión le habían pillado desprevenido y, aunque devolvió buena parte de los golpes recibidos, acabó en el hospital. Entonces se juró que no volvería a sucederle nada semejante.

Cuando los rufianes cargaban sobre él, llevó la mano derecha a la espalda. Oculta por la chaqueta que llevaba una varilla de acero, de casi cuarenta centímetros de largo, por uno de grueso, y muy bien forrada de cuero. El primer matón le disparó un puñetazo en el rostro.

Darnell movió velozmente la mano derecha. La varilla golpeó los nudillos del sujeto, en cuyo rostro apareció en el acto una expresión de inmenso dolor.

El otro saltó a un lado, intentando atacarle por el flanco. Darnell movió el brazo, como si fuese a dar un revés, y la varilla se estrelló contra el pómulo derecho del sujeto, quien se tambaleó un poco, antes de caer de rodillas al suelo.

Inmediatamente, se volvió hacia el primero, que se chupaba con furia los nudillos heridos. Usando el palo de acero como si fuese una espada, se lo hundió en el estómago. Cuando el tipo se curvó, Darnell tomó impulso y le asestó un tremendo golpe en el ahora saliente final de espalda.

El hampón aulló y voló adelante, agarrándose las posaderas con ambas manos, a la vez que daba unos tremendos saltos de canguro. Su compinche, un tipo fornido y resistente sin duda, se levantaba ya y ahora tenía unos nudillos de acero en la mano derecha.

Darnell le golpeó el antebrazo izquierdo con un golpe seco, realmente un machetazo. Se oyó un crujido de huesos y el hampón lanzó un alarido de angustia, a la vez que se olvidaba por completo de los nudillos de acero de la otra mano.

Ya no necesitó más. Fuese quien fuese el que les había pagado para apalearle y hacerle cobrar pánico de este modo, había perdido el tiempo y el dinero, se dijo, mientras con toda tranquilidad, volvía la varilla a la funda y se alejaba de aquel lugar, con las manos en los bolsillos, silbando una alegre melodía.

Por la noche se puso traje negro, con corbata de lazo y, así ataviado se dirigió al Sevilla, en donde, previamente, había

reservado una mesa por teléfono.

CAPÍTULO IV

Entró en el restaurante y un solícito *maître* le atendió, apenas dio su nombre.

—Por aquí, señor Darnell —indicó, a la vez que echaba a andar para acompañarle a su mesa.

De pronto, oyó que alguien pronunciaba su nombre. Intrigado, se volvió.

El *maître* también se detuvo, cortés. Darnell contempló al hombre que le había llamado, un sujeto grueso, de pelo entre cano, crespo y recio como un cepillo de cerdas y vestido con una lujosa chaqueta de seda color rojo oscuro, con solapas negras de raso.

—Me extraña ver por aquí a uno de los principales colaboradores del candidato Hannings —dijo el sujeto, con amable sonrisa—. ¿Acaso espera captar aquí más votos en este lugar, señor Darnell?

El joven tardó en contestar algunos segundos. La sorpresa que le había producido ser llamado por aquel hombre, era doble, puesto que Sigrid Mowatt estaba sentada a su lado y le miraba con cierta expresión irónica.

La joven vestía un traje enteramente negro, cuyo escote llegaba a la cintura, dividiendo en dos mitades idénticas su pecho de diosa. Los hombros quedaban casi desnudos, al igual que los brazos. Estaba realmente hermosa, terriblemente atractiva, reconoció Darnell.

—He venido solamente para disfrutar de una buena cena, señor Rhein —contestó al cabo—. Supongo que tengo derecho a tomarme un pequeño descanso, tras la dureza de la campaña electoral. Pero no me gusta estropearle la velada que está pasando con tan encantadora dama. Permítame que me retire...

—Oh, no, no, en absoluto —exclamó Rhein—. A pesar de ser adversarios políticos, ahora podemos hacer una tregua. ¡James —se

dirigió al *maître*—, otro cubierto para el señor Darnell!

—Al momento, señor Rhein.

Darnell alzó una mano.

—Por favor, James, iré a mi mesa —dijo—. Por lo menos esta noche, prefiero cenar solo. De todos modos, agradezco sinceramente la invitación, señor Rhein.

—A su gusto. Usted se lo pierde. Val. Si me permite que le llame así, claro.

—No hay objeción —se despidió el joven, todavía con la vista fija en Sigrid.

El rostro de la muchacha se había coloreado ligeramente. Pero la vio alzar la barbilla, como desafiándole a que la reprochase hallarse en compañía de aquel sujeto.

Darnell ocultó una sonrisa, hizo una leve inclinación de cabeza y se encaminó a su mesa, situada en uno de los más discretos rincones del local.

Desde allí podía ver muchas cosas. Junto a la mesa de Rhein, había dos sujetos, también elegantemente vestidos. Eran los gorilas de confianza del sujeto, que no le dejaban sólo ni a sol ni a sombra. Rhein no daba un solo paso sin la compañía de Heck Douglas y Tex Trent.

Por la sala se movía una hermosa joven, sucintamente vestida, con una cámara fotográfica, que sólo utilizaba a petición de los clientes. En cierta ocasión, se acercó a la mesa ocupada por el joven.

—¿Fotografía, señor? —consultó—. Aunque si está solo, quizá no le agrade...

Disimuladamente, Darnell puso una tarjeta sobre la mesa, cubierta a medias por la mano. Bajo la tarjeta había un billete de cincuenta dólares.

—No suelo hacer esas cosas, señor —dijo ella, dolida.

—Sólo quiero hablar con usted, señorita. Aquí, no, desde luego, aunque espero me indique la hora y el lugar más adecuados. Pero hágame la fotografía mientras tanto, por favor.

La joven disparó su cámara, provista de *flash*. Era de tipo instantáneo y, segundos después, entregaba la fotografía a Darnell.

—Cortesía de la casa, señor —sonrió—. Terminaré a las once. Espéreme en la puerta posterior.

—Gracias.

Ella fue puntual y Darnell abrió la portezuela para que se sentase a su lado.

—Indíqueme su dirección —rogó.

—Calle Treinta y Dos, dos mil trescientos noventa.

—Me llamo Val.

—Yo soy Kira Lomm.

—¿Descendiente de rusos?

—El abuelo. Su madre se llamaba así. Era de Ucrania.

—Kira, hace casi cuatro años, usted tomó una fotografía a una pareja que estaba cenando en el Sevilla, cuando todavía distaba de ser el local de lujo que es hoy. Cuando se disponía a fotografiar a la pareja, él la atrajo hacia sí con el brazo izquierdo y su mano derecha entró en el escote de la ama, de tal modo, que uno de sus senos quedó prácticamente al descubierto. Al mismo tiempo, él miraba sonriendo al objetivo. ¿Lo recuerda?

Kira trató de hacer memoria.

—Ella... después, se puso furiosa... Le abofeteó, le llamó impostor... Sí, lo recuerdo perfectamente. A él lo vi pocos días más tarde, con otra mujer, tan fresco... Y con una cara algo distinta, no sé por qué. Por cierto, todavía sigue viniendo con bastante frecuencia. Siempre bien acompañado, claro.

—Gracias. Sabe su nombre, supongo.

—Hugh Vessel —contestó Kira—. Aunque no sé dónde vive...

—Yo lo averiguaré —sonrió Darnell.

Momentos después, se detenían ante la casa donde vivía la joven. Kira se volvió y le miró sonriendo.

—Val, me has caído simpático —dijo—. ¿Quieres tomar una copa en mi apartamento?

Darnell sonrió también.

—Lo haría con mucho gusto, pero mañana tengo que trabajar bastante y he de acostarme. Ya he trasnochado demasiado esta noche...

Se inclinó hacia ella y la besó en una tersa mejilla.

—Pero te tomo la palabra para otro día —añadió.

—Cuando gustes —respondió Kira, a la vez que abría la portezuela del coche.

Darnell permaneció en el mismo sitio, hasta que la vio

desaparecer en el interior de la casa.

Suspiró.

—Lástima no poder aceptar la invitación... —murmuró, a la vez que reanudaba su camino.

Sus dedos tableteaban sobre la repisa del coche, cuando la vio salir de su casa, pisando fuerte, con paso rápido y las mejillas rojas de indignación. Sigrid vestía ahora mucho más sencillamente que la víspera: blusa cerrada de cuello y pantalones blancos. Llegó junto al coche y se inclinó hacia la joven.

—Voy a salir —anunció—. Me dirijo a la peluquería Robert's, donde tengo hora reservada. Lo digo por si quiere seguirme...

—Creo que no va a arreglarse el pelo, al menos por esta mañana —contradijo él tranquilamente—. ¿No le interesaría una entrevista con Hugh Vessel?

—No conozco a ese individuo, ni me importa...

—Hace algunos años, actuaba en un teatro, haciendo imitaciones de los astros de cine más conocidos, tanto vivos como difuntos: Gary Cooper, John Wayne... actualmente imita a Robert Redford y otros nuevos, si se lo piden, claro, porque ha encontrado otra profesión menos fatigosa y mejor remunerada. Tengo entendido que hacía auténticas maravillas en su recreación de los famosos del cine. ¿No le gustaría hablar con él?

—¿Y qué iba a decirle? —se extrañó la joven.

—Le preguntaremos quién y cuanto le pagó por imitar a Stephen K. Hannings, la noche en que le fotografiaron con Opal Crown.

Sigrid se puso rígida.

—Está mintiendo —dijo.

Darnell se inclinó y abrió la otra portezuela.

—Venga conmigo —dijo—. Tengo teléfono en el coche. Puede llamar a Robert's y retrasar su hora de peluquero, si lo desea.

Sigrid acabó por decidirse y se sentó junto a él, con las rodillas muy juntas.

—No creo en esa fantástica historia —exclamó.

—Opal Crown se engañó al principio, aunque luego advirtió el engaño y organizó un escándalo mayúsculo. La chica que hizo la fotografía lo presencié todo. Si después de hablar con Vessel no está convencida aún, la llevaré a presencia de la señora Crown y luego hablaremos con la fotógrafa.

—Las habrá comprado...

—La señora Crown tiene suficiente dinero para resultar inmune al soborno y usted lo sabe perfectamente. También podríamos visitar a su exmarido y que nos cuente la historia de las cartas que robó a su propia esposa y que luego entregó a un tal Heck Douglas por dos mil quinientos dólares. Por si no lo sabía, Douglas era uno de los guardaespaldas que acompañaban a su anfitrión anoche en el Sevilla.

Sigrid se sobresaltó.

—No le creo... Todo eso es una historia muy bien urdida...

—¿Es también una fábula el asesinato de Jerry Sax?

—Lo encontró usted, dijeron los periódicos.

—Sax tenía una sala de juego clandestina en su «club». Hannings nunca habría apostado un dólar, pero alguien, aquella noche, puso algo de opio o cosa parecida en su copa y se dejó llevar, dócil como un corderito, a la ruleta, en donde perdió unos miles de dólares. Como no tenían bastante dinero para pagar en el acto, firmó un pagaré. Lo tiene usted, junto con las cartas de la señora Crown.

—Y eso, ¿quiere decir algo?

—Simplemente una cosa: su padre empezó a prepararse para cuando las cosas empezaran a rodarle mal, como así sucedió, efectivamente.

—Pero las cartas y el pagaré son auténticos —protestó Sigrid.

—Las cartas, según se mire, son inofensivas. En cuanto al pagaré... bueno, tenemos mala suerte, ya que Sax no puede declarar la trampa que le tendió, supongo que en combinación con su padre.

—No sé... no estoy aún muy convencida.

—Vessel nos dirá que, efectivamente, se caracterizó como. Hannings. Con lo que la fotografía carece ya de valor. Y si eso se prueba públicamente, los otros documentos tampoco tendrán mucho más valor.

—Veremos —respondió la joven—. Por ahora, no quiero tomar una decisión, hasta que haya hablado con Vessel y sepa si es sincero o está pagado por usted.

—Cree el ladrón que todos son de su condición —dijo Darnell con sorna—. ¿No le da que pensar el hecho de que Rhein la invitase anoche a cenar?

—Fue buen amigo de mi padre.

—El único amigo de Rhein es el hombre a quién él ve en el espejo por las mañanas cuando se levanta. Usted tiene hipotecada la casa, ¿verdad?

—Sí, y no es una deshonra...

—¿Sabe quién prestó el dinero para la hipoteca?

—Una sociedad... Unión de Préstamos y Garantías...

—Es de Rhein.

—Su nombre no figura para nada en los documentos que yo tengo.

—Rhein es lo suficientemente listo para tener un hombre de paja que se encargue de dirigir la U.P.G. Pregunte, pregunte por ahí, si no me cree. Hable con cualquier abogado. Obtendrá respuestas muy sorprendentes.

Ella, de repente, se sintió muy desazonada.

—Pero ¿por qué? Si él dice que quiere ayudarme desinteresadamente...

—Se lo contaré en otro momento. Ya estamos llegando a casa de Vessel —respondió Darnell.

Galante, ayudó a apearse a la muchacha. Desde la acera, levantó la vista para contemplar el lujoso edificio de apartamentos.

—Bonito, ¿eh? Y con alquileres que cuestan un ojo de la cara —dijo.

—Si gana dinero, hace bien en vivir con comodidades —alegó Sigrid.

—Lo gana, pero explotando su físico. Nunca faltan mujeres ricas y solitarias, necesitadas de afecto.

—No me diga que es...

—Lo que suele llamarse un *gigoló*. En fin, un tipo que vive de las mujeres. ¿Vamos?

El vestíbulo del edificio espejeaba. Un bien uniformado conserje les preguntó a quién deseaban ver.

—Vessel —contestó Darnell con todo desparpajo—. Venimos en nombre del señor Rhein.

—Oh, sí, al momento, señor —respondió el conserje—. Avisaré al señor Vessel...

—Por favor, no lo haga, queremos darle una sorpresa, ¿eh?

Darnell deslizó cinco dólares en la mano del servicial sujeto y empujó a la muchacha hacia uno de los ascensores. Cuando el

aparato se puso en marcha, ella le increpó, furiosa:

—¿Por qué ha tenido que decirle que venimos en nombre de Rhein? ¿No le parece una mentira indigna de un hombre que trata de ayudar a otro hombre supuestamente honrado?

—Necesitábamos entrar sin problemas —explicó Darnell—. Y, por otra parte, el edificio es de Rhein.

Sigrid abrió la boca, estupefacta.

—Pero ¿es que le pertenece toda la ciudad?

—El aire, no —contestó él con una risita burlona.

Momentos después, salían a un corredor lujosamente alfombrado y se detenían ante una puerta en la que figuraba el nombre del inquilino.

—Ahora tendrá usted ocasión de comprobar cuanto le he dicho —sonrió Darnell, después de golpear con los nudillos.

—Suponiendo que Vessel se preste a hablar.

—¿Por qué no? ¿Qué puede importarle a él algo que sucedió hace casi cuatro años?

Darnell insistió en la llamada. Sigrid le miró un tanto burlonamente.

—Parece que hemos perdido el tiempo —observó—. Vessel no está.

—Es raro, Vessel es más bien pájaro nocturno, lo cual significa que no es aficionado a presenciar la salida del sol. —Con el ceño fruncido, Darnell tanteó el pomo y lo encontró abierto—. Bueno, quizá está tan dormido que no nos oye. Le daremos una buena sorpresa, si le parece.

—Ya estamos aquí, ¿no?

La joven empujó la puerta y avanzó un paso. En el mismo instante, surgió una mano enguantada, armada con un revólver.

Sigrid lanzó un chillido de terror, Darnell presintió el ataque y empezó a saltar hacia adelante, pero no pudo evitar un tremendo golpe en el hombro izquierdo, que le obligó a doblar las rodillas.

El dolor resultó lacerante, aunque no perdió el conocimiento. Entonces, el atacante dio media vuelta y quiso salir, pero se tropezó con la muchacha, que se había quedado petrificada en el umbral.

El pánico hizo actuar a Sigrid de una forma totalmente inesperada, instintiva, porque se agarró a la muñeca armada con ambas manos. El hombre forcejeó desesperadamente, a la vez que

emitía obscenas imprecaciones. Con su mano libre, intentó separarse de Sigrid, pero lo único que consiguió fue rasgarle la blusa hasta la cintura.

—¡Socorro, Darnell! —gritó ella.

Haciendo un tremendo esfuerzo, Darnell consiguió ponerse en pie. Vio la escena y, aunque tenía el brazo izquierdo completamente entumecido, se lanzó sobre el sujeto. Sólo podía hacer una cosa para liberar a la muchacha y movió la mano derecha, golpeando con el canto la nuca del sujeto.

El hombre se desplomó instantáneamente. Darnell quedó frente a la joven, agarrándose al hombro izquierdo con la otra mano, jadeante, casi sin aliento.

—¿Está bien? —preguntó ella ansiosamente.

Darnell sonrió. Sigrid no se había dado cuenta aún de que estaba completamente desnuda desde la cintura para arriba.

—Será mejor que se cubra —contestó.

Ella lanzó una exclamación de sorpresa y se tapó el pecho con las manos.

—No... No me había dado cuenta... Ese tipo quería matarle...

—A mí no. Pero a Vessel...

De pronto Darnell dio media vuelta y se metió en el apartamento. Medio minuto después, volvía a hacerse visible.

—Voy a llamar a la Policía —anunció—. Vessel tiene un tiro en la cabeza.

Sigrid se estremeció.

—Lo han asesinado —exclamó.

Darnell señaló al caído.

—Ese miserable lamentará siempre haberse encontrado con nosotros —respondió, a la vez que levantaba el teléfono.

CAPÍTULO V

Mucho rato después, Darnell acompañó a Sigrid hasta su casa. La joven se sentía profundamente impresionada.

—Pero, no lo entiendo... ¿Por qué estos dos asesinatos?

—Sax debería declarar que Hannings jugó y firmó el pagaré bajo la acción de una droga. Vessel tendría que decir el nombre de la persona que le pagó para que se hiciera pasar por el candidato. ¿Lo comprende ahora?

—No del todo. Lo que hubiera hecho falta, en caso de que siguieran vivos, es que se prestasen a declarar y no iban a tirar piedras contra su propio tejado.

—Hay medios legales para obligar a un hombre a decir la verdad. Incluso su negativa a declarar, se habría vuelto contra ellos.

—Y eso, ¿significa algo?

—Sí. Significa que las pruebas que usted esgrime con tanto orgullo contra Hannings tienen muy poco valor.

—Si eso fuese cierto, usted no estaría tan preocupado tratando de que yo se las entregue —dijo ella despreciativamente.

—Se las pedí una vez y no pienso hacerlo de nuevo. Lo único que trato de demostrar, y por ahora lo voy consiguiendo, es la falsedad de esas pruebas. Si fuesen auténticas, ¿sería necesario ir matando a la gente?

Sigrid pareció quedarse muy preocupada.

De pronto, hizo una pregunta:

—¿Cree que Rhein tiene algo que ver con esto?

—La mano de Rhein es muy larga, aunque jamás se ve más allá de la muñeca —contestó él sibilinamente—. Nunca se le ve el brazo, créame.

—Rhein quiere ayudarme...

—Ya lo dijo. Pero Rhein no ayuda a nadie, si no es para obtener un beneficio.

—Yo no tengo dinero.

—Pero tiene las pruebas contra Hannings.

—No se las entregaré a él ni a nadie. Cuando sepa que Hannings no retira su candidatura, las haré públicas.

—Es posible que destruya sus aspiraciones, pero entonces tendrá que enfrentarse con una demanda por calumnia y perjurio. Hay penas de cárcel para esos delitos, le advierto.

Ella meneó la cabeza.

—No puedo creer que Rhein... —insistió en el mismo tema—. Pero ¡si además el actual alcalde no se presenta a la reelección! —exclamó.

—Claro que no. Sabe que está muy gastado, por decirlo con benevolencia, y Rhein no arriesgaría su reputación al apoyarle. Por eso apoya al candidato rival de Hannings. Éste no ha perdido aún su reputación y cuando llegue a alcalde, si llega, claro, será el títere de su... protector.

Sigrid se puso furiosa.

—Rhein no me protege en absoluto —protestó—. Simplemente, me brinda su ayuda...

—No se irrite, muchacha —rogó él con plácido acento—. Tarde o temprano, acabará en el lecho de Rhein. Es un hombre muy astuto y siempre consigue lo que quiere.

—¡Eso no lo conseguirá jamás de mí! —aseguró Sigrid, con las mejillas rojas de indignación.

Darnell soltó una risita burlona, que la enfureció más todavía.

Ella fue a decir algo, pero el coche se detenía ya.

—Está en su casa —dijo el joven—. Consérvela.

Sigrid se apeó.

—No se puede decir que haya pasado una mañana agradable —dijo.

—Pero ha resultado ser una heroína, al detener a un terrible asesino —sonrió él—. Y, créame, es probable que eso a Rhein no le guste en absoluto...

—¿Cree que tuvo algo que ver con la muerte de Vessel?

—Tan seguro como la existencia del sol, la luna, las estrellas...

Sigrid lanzó un bufido y dio media vuelta. Caminando muy erguida, se encaminó hacia la casa. Darnell continuó allí unos momentos, mirándola a la vez que sonreía.

Ella entró en casa. Darnell sacó un cigarrillo, se lo puso en la boca y lo encendió. Luego hizo arrancar el motor.

De pronto, oyó un agudo grito.

Volvió la cabeza. Sigrid estaba en el umbral, agitando un papel con la mano derecha.

Darnell frunció el ceño. Sigrid corrió hacia el coche y, jadeante, le entregó el papel.

—Lo encontré en el suelo —explicó—. Parece que lo echaron por debajo de la puerta...

Intrigado, Darnell cogió el papel, en el que había un mensaje, escrito con rotulador de trazo grueso y grandes caracteres de mayúsculas:

«DÍGALE A SU AMIGO QUE DEJE DE METER LAS
NARICES DONDE NO LE IMPORTA O SE LAS
CORTARAN CUANDO MENOS LO ESPERE. EL CORTE,
NATURALMENTE, SE HARÁ A RAS DE LOS
HOMBROS».

—No está firmado —dijo ella.

—Todavía estoy por ver un anónimo firmado —contestó Darnell de buen humor—. ¿Le importa que me lo quede?

—No, claro...

En aquel momento, sonó una voz en la puerta de la casa.

—¡Sigrid!

La joven se volvió.

—Oh, Randy, no sabía que estuvieras en casa...

—Vine hace un rato y decidí esperarte —declaró Randolph Barris, al llegar junto a Sigrid—. Necesitaba hablar contigo con urgencia.

—¿Es algo referente a la hipoteca?

Barris asintió.

—Sospecho que vas a tener dificultades para renovarla —contestó—. Pero, me imagino, al señor Darnell no le interesa en absoluto.

—No, no me interesa —convino el aludido con una risita de sorna, a la vez que pisaba el acelerador.

Pensó en el mensaje. En cierto modo, le alegraba y más todavía que lo hubiera recibido Sigrid. Así se convencería de que,

precisamente los que querían que Hannings no fuese elegido alcalde, tenían miedo de que las pruebas contra el candidato se hicieran públicas.

—A esto se le llama efecto boomerang, tirar piedras contra el propio tejado, devolver la pelota... —dijo alegremente.

Y luego se preguntó si la Policía conseguiría hablar a Aldey Creighton, el asesino de Vessel.

El siguiente caso consistía en buscar a una dama llamada curiosamente Ebony Hutts, Se había perdido su pista en los últimos tiempos, pero Darnell tenía muy eficaces contactos y supo dar con ella cuarenta y ocho horas más tarde.

Ebony Hutts era una mujer joven, de unos veintisiete años, estatura mediana, delgada y muy bien formada. Le recibió en una bata porque, dijo, acababa de levantarse.

—Trabajo hasta muy tarde —se justificó.

—Lo sé. Canta en el Red River.

—¿Ha ido a escucharme?

—Desgraciadamente, considero la música como el menos malo de los ruidos, aunque sea emitido por la garganta de una mujer tan bella como usted.

Ebony soltó una risita.

—Al menos, es franco. ¿Quiere algo de beber?

—Sólo champaña y a partir de las siete de la tarde, gracias.

—Champaña... y en dulce compañía.

—Claro.

—Podría venir otro rato y destaparíamos una botella juntos.

—Quizá acepte la invitación —sonrió Darnell—. Por el momento, prefiero que me conteste a un par de preguntas.

—Espero saber las respuestas. ¿Le importa que tome un trago?

—Está usted en su casa, señorita Hutts.

Ebony se echó a reír.

—Use mi nombre —pidió, mientras empezaba a verter *whisky* en un vaso—. ¿Cuál es la primera pregunta?

—Hace unos cuatro años, usted fue con cierta persona a un club nocturno. Charlaron, bailaron y luego pasaron a la sala de juego clandestina.

—Sí, es cierto, y ambos sabemos de quién se trata, ¿no es así?

—En efecto.

Ebony despachó medio vaso de un trago. Chasqueó la lengua y sonrió:

—Necesito esto para entonarme —aclaró sonriendo.

—¿Todas las mañanas?

—Todas. Es una costumbre...

—Seguramente, toma sedantes para dormir.

—Sí. ¿Cómo lo sabe? —se asombró Ebony.

—Psé... Intuición. Pero si no se corrige, acabará con el hígado destrozado y los nervios convertidos en puré.

—Soy joven y muy resistente.

—Eso mismo dijo una conocida, que tenía tres años menos que usted y seis meses antes de morir, convertida en una ruina, cuando no había cumplido el cuarto de siglo.

—Señor Darnell, me está asustando... —Ebony dejó el vaso a un lado—. Debió ser algo horrible...

—Lo fue. Murió de un ataque de *delirium tremens* y se veía a sí misma desnuda, con el cuerpo cubierto de arañas y cucarachas.

—¡Basta, basta! —gritó ella, espeluznada—. Eso parece un cuento de terror, señor Darnell.

—Fue un suceso real —dijo él, muy serio—. Pero sigamos con lo nuestro. Su acompañante tomó unas copas, y en una de ellas, alguien le puso una droga.

Ebony enrojeció.

—Fui yo —admitió.

—¿Por qué?

—Me lo pidió Sax.

—¿Le dio alguna explicación al respecto?

—Dijo que no le gustaba la presencia de mí amigo en su local y que quería que se durmiese, para enviarlo a su casa en un taxi. Pero él no se durmió, jugó y perdió...

—¿Cuánto le pagó Sax por poner la píldora en la copa de su acompañante?

—Nada, pero a los dos días me envió un bonito collar de perlas. Ebony suspiró.

—Luego resultó que era robado y tuve que devolverlo —añadió. Darnell sonrió.

—A veces, Sax traficaba con joyas robadas. Ése fue el principio

de su decadencia —dijo—. Ebony, ¿estaría dispuesta a firmar una declaración similar a todo lo que me ha contado?

—¿Me sucedería algo?

—Nada, en absoluto, se lo garantizo.

—Entonces, traiga la declaración escrita y la firmaré.

—Por ahora, no es necesario. Además, tendría que hacerla en presencia de testigos de reconocida imparcialidad. Me basta con saber que está dispuesta a declarar lo que sabe del asunto.

—Desde luego, señor Darnell.

El joven se encaminó hacia la puerta.

—Llámeme Val —sonrió—. Y, recuerde, arañas y cucarachas...

Ebony se estremeció.

—Seré abstemia a partir de este momento —prometió.

—Manténgase firme en sus propósitos —aconsejó Darnell finalmente.

CAPÍTULO VI

El teléfono sonó cuando Darnell se disponía a salir de casa, a la mañana siguiente.

Era Sigrid.

—Val, tengo algo urgente que decirle —exclamó.

—Muy bien, dígalo —invitó él.

—No puedo por teléfono: tiene que ser en persona.

—Lo siento, ahora me es imposible ir a su casa.

—¿Tiene algo que hacer?

—Sí. El juez MacParlane va a proceder a la vista preliminar contra Creighton. Es una mera fórmula y le preguntará si se considera inocente o culpable. Luego, naturalmente, dirá la fecha en que se ha de celebrar el juicio.

—Y usted quiere estar presente...

—Sí, me interesa saber qué abogado va a defender a Creighton.

—¿Tiene eso alguna importancia?

—Mujer, por el hilo se saca el ovillo.

—No entiendo...

—Es usted un poco dura de mollera. Según qué abogado se haya encargado de la defensa de Creighton, puedo deducir si Rhein tuvo o no algo que ver con la muerte de Vessel.

—Sigue acusándole, ¿eh?

—Con respecto a Rhein, yo pienso todo lo contrario que la regla de oro de nuestro derecho: todo acusado es inocente hasta que se pruebe su culpabilidad. Rhein es culpable de todo, mientras no demuestre su inocencia.

—Usted me acusó de rencorosa, pero me gana...

—No, no, en absoluto: yo no siento el menor rencor hacia Rhein. Sólo que sus procedimientos no me gustan, porque hieren a un buen amigo, eso es todo. Y ahora, dispénseme, porque se me está haciendo tarde.

—¡Val! —gritó ella—. ¿Le importa que me encuentre con usted en el Palacio de Justicia?

—A mí no. ¿Y a usted?

Darnell oyó un grito sofocado y se echó a reír.

—Allí me tendrá, Sigrid —dijo.

—¡Tipo odioso...! —le apostrofó la joven antes de colgar.

Darnell se puso la chaqueta y salió de casa. Un cuarto de hora más tarde, estacionaba su coche en las inmediaciones del Palacio de Justicia.

Había bastante gente, sobre todo periodistas y fotógrafos, esperando la llegada del acusado. Darnell vio también el camión de la unidad móvil de televisión y varias cámaras emplazadas en lugares estratégicos.

—Parece que el caso ha causado bastante revuelo, ¿eh?

Sigrid abrió la portezuela y se sentó junto a Darnell. La joven llevaba en las manos una caja de cartón y la puso sobre sus rodillas.

—Vessel era un *play-boy* de notoria fama y su muerte ha causado bastante ruido —contestó él, sin mirarla siquiera.

—Ha debido de dejar un montón de «viudas» desconsoladas, ¿no cree?

—Quizá alguna se ha sentido muy aliviada —opinó Darnell. De pronto, lanzó una exclamación—. ¡Creo que ahí viene!

Un coche blanco y negro se acercaba al Palacio de Justicia. La multitud se arremolinó. Hubo un gran clamor. Las cámaras empezaron a moverse, buscando el blanco para sus objetivos.

Darnell se irguió. El coche de la Policía se detuvo y sus ocupantes empezaron a apearse. Agentes de uniforme trataron de contener a los periodistas que pugnaban por acercarse al trío formado por dos policías de paisano, que llevaban entre ellos al acusado, con las muñecas unidas por las esposas.

Centellearon los *flashes*. Los reporteros de radio y de la televisión intentaron acercar sus micrófonos al preso. Hubo un momento de confusión y, al fin, los policías y el acusado empezaron a subir la escalinata que conducía a las puertas del edificio.

Alguien gritó el nombre de Creighton. El acusado se volvió. Estaba pálido y sonreía cínicamente. Un hombre se le acercó. Llevaba un portafolios en la mano y Darnell supuso que debía ser su defensor. El abogado habló con Creighton brevemente y éste

asintió.

De repente, Darnell vio que la sonrisa se borraba de los labios del acusado. Creighton se estremeció bruscamente y su cabeza osciló con fuerza a un lado y a otro.

Los policías le miraron, asombrados. Uno de ellos, bruscamente, lanzó un terrible grito, Creighton volvió a moverse, ahora con un salto que le hizo caer de espaldas.

—¿Qué le pasa a este hombre? —se extrañó Sigrid.

Darnell contuvo el aliento.

—Lo han asesinado —adivinó.

—¡Oh, no! —gritó ella.

El gentío se dispersaba apresuradamente. Policías de paisano y de uniforme corrían hacia el supuesto origen de los disparos. Darnell se preguntó si la mano de Rhein tenía algo que ver con aquel asunto.

A pocos pasos de distancia, una mujer enlutada echó a andar repentinamente, alejándose del Palacio de Justicia. Darnell la vio y, al reconocerla, lanzó una exclamación de asombro.

—¿Qué sucede, Val? —preguntó la muchacha.

—Nada —contestó él, muy preocupado—. Creighton está muerto y ya no hablará.

—Usted piensa que si confiaba en que Rhein le sacase del atolladero, estaba engañado, ¿no es así?

Darnell asintió.

—Lo mejor será que nos marchemos de aquí —propuso—. Por cierto, ¿qué es lo que lleva en esa caja? ¿Bombones?

—La trajeron esta mañana con una nota, en la que me encargaban se la entregase personalmente —contestó Sigrid.

—Es extraño comentó él. —Tal vez son habanos... y alguno de ellos tiene veinte gramos de dinamita.

—¡Val! —Se horrorizó la joven—. ¿Cree que pueden hacerle una cosa semejante?

Darnell tomó la caja, la sopesó unos instantes y luego se la devolvió a la muchacha.

—Vamos a ver lo que contiene, pero en mi casa.

—La mía está más cerca —indicó ella.

Darnell se volvió un poco.

—¿Me invita a entrar en su hipotecada mansión?

—¿Por qué no? Somos enemigos, pero también gente civilizada. Es lo que se dice actualmente, ¿no?

—Muy cierto —contestó él.

Y pisó el acelerador.

Sigrid vino con una bandeja en las manos y, tras dejarla encima de una mesa, empezó a servir el café.

—Aún no ha abierto la caja —observó, al verla sobre la mesa.

—Se la enviaron a usted, para que me la entregara en persona.

—Eso es lo que decía la nota —respondió Sigrid—. Tómese el café —indicó.

—Gracias. Por dicha razón, me ha parecido adecuado abrir la caja en su presencia.

—No encenderá el cigarro con dinamita delante de mí, ¿verdad?

—Quiá no es una caja de habanos.

Sigrid se puso pálida.

—¿Una bomba? —dijo en voz muy baja.

—No pesa tanto. Me preocupa lo que hay en su interior, francamente.

—Entonces, llame a la Policía...

—Prefiero hacerlo yo mismo, aunque me gustaría protegerme las manos. ¿No habrá unos guantes de jardinero y unas tijeras por alguna parte?

—Creo que sí. Aguarde un momento, por favor.

Sigrid salió de la estancia. Darnell, profundamente pensativo, mientras, sorbía el café. Al cabo de unos momentos, regresó la joven, con los objetos solicitados.

Darnell se calzó los guantes y empezó a rasgar el papel de la envoltura con ayuda de las tijeras. La caja quedó al descubierto.

Era de cartón bastante fuerte, con unos agujeros en los costados. En el interior de la caja se agitó algo.

Sigrid dio un salto y lanzó un chillido.

—¡Hay un bicho...!

—Todavía no sabemos qué clase de bicho es. Vamos a verlo —dijo él.

Tanteó la caja y se dispuso a abrir. Cuando tuvo bien sujeto el borde de la tapa con la mano izquierda, la levantó de golpe.

Algo se irguió, cimbreadose a derecha e izquierda. Durante una fracción de segundo, Sigrid vio la cabeza triangular y la lengua

bífida que entraba y salía sibilantemente. Pero un instante después, Darnell actuó con las tijeras y, de un golpe seco, decapitó al reptil.

La cabeza cayó a un lado, mientras el cuerpo amputado se agitaba con fuertes coletazos. Sigrid, desmadejada, tuvo que sentarse en un sillón.

—Dios mío, qué horrible...

—No toque nada —aconsejó él—. Voy a buscar unas pinzas.

A los pocos momentos, la cabeza y el cuerpo de la serpiente estaban reunidos de nuevo en el interior de la caja. Sigrid tomaba café para reponerse.

—Usted sabía algo...

—Percibí ciertos movimientos en el interior —explicó él—. Pensé en una tarántula o un escorpión, pero el peso era algo superior.

—Esa serpiente, ¿era venenosa?

—De haberme mordido, lo habría pasado muy mal. No habría perdido el conocimiento tan aprisa como para no poder llamar a un hospital y pedir que me aplicaran el antídoto correspondiente. Aunque si me hubiese mordido en la cara...

Sigrid sintió frío.

—Ahí no se puede hacer un torniquete —dijo.

—Y el veneno llega más pronto al cerebro. Bien, esto ya se ha acabado por ahora. Si no tiene inconveniente, enterraré la serpiente en algún rincón del jardín. Sería inútil buscar el autor del envío. Lo habrá hecho con la mayor discreción...

—Fue Marta quién recibió el paquete y la nota. Yo estaba todavía en el baño.

—Probablemente, un mensajero falso. Bueno, todavía hay quien insiste en cortarme la nariz... a ras de los hombros —sonrió él.

—Debe cuidarse. Val —aconsejó Sigrid.

—No se preocupe. Y ahora, dígame, ¿se va convenciendo...?

Ella se puso en pie.

—No he abandonado mis propósitos —respondió.

—Bien, espero convencerla algún día —dijo Darnell, a la vez que se disponía a salir con la caja.

—Queda ya muy poco tiempo para las elecciones. ¿Por qué no se ocupa mejor de convencer a su amigo?

—Es honrado, justo y será un buen alcalde —respondió Darnell.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar? —Se asomó Barris.

—Ah, hola, Randy —sonrió la muchacha—. El señor Darnell se marchaba ya.

—Y no me importa el asunto de la hipoteca —dijo el joven.

Sigrid se puso colorada. Barris hizo una mueca de enojo.

—Para su satisfacción, le diré que la Compañía de Préstamos y Garantías accede a prorrogar por seis meses el vencimiento de la hipoteca —exclamó.

—Con nueva renovación del contrato y un aumento en el interés, ¿verdad?

—Es lo normal en esta clase de operaciones —respondió Barris.

—Sí, normal en la C.P.G. Sigrid, ¿sabe cómo llaman a esa compañía?

—Tiene un nombre, me parece —dijo ella.

—El nombre no oficial es la «Despellejadora». Entienda el significado de ese apodo —finalizó Darnell.

—¡A pesar de todo, rescataré la hipoteca! —gritó Sigrid, cuando el joven cruzaba ya el umbral.

Darnell no volvió la cabeza siquiera.

Llamó a la puerta y esperó unos momentos. Medio minuto más tarde, oyó ruido de tacones al otro lado. Alguien le observó a través de una mirilla.

Luego se abrió la puerta de golpe. La mujer lanzó una exclamación de alegría:

—¡Val, cuánto celebro que hayas venido! —dijo, a la vez que le tendía ambas manos—. Eres tan caro de ver...

El joven sonrió, mientras contemplaba a la hermosa mujer que tenía frente a sí. Sabrina Ashley tenía unos treinta y cinco años y la silueta de una muchacha de la mitad de su edad. Además, era la dueña de una gran fortuna.

—He tenido mucho trabajo —se disculpó Darnell—. Además, lo sabes de sobra, tu posición y la mía son un poco diferentes.

—Oh, qué tonterías... —Sabrina lanzó una risita—. Con la luz apagada, las posiciones... se aproximan mucho.

Se colgó de su brazo y le arrastró hacia el interior de la lujosa residencia. Sabrina vestía un largo peinador de color blanco, que arrastraba casi un par de metros por el suelo. El peinador estaba

abierto y permitía ver la ropa interior, llena de encajes, y el portaligas que sujetaba las medias de color natural. Pero a ella no parecía importarle que su visitante la contemplase con tanta escasez de ropa.

—Querido, dime qué prefieres beber...

—Un poco de *whisky*, por favor.

—Claro. Iba a salir, pero ya no importa... ¿Tienes mucha prisa?

—Según se mire, Sabrina.

—Míralo de la mejor manera posible —rió ella—. Val, especie de canalla. ¿Por qué dejamos que se apagase el fuego?

Le tendió un vaso, mirándole anhelante. Mientras bebía, Darnell pensó en lo que había sucedido cinco años antes entre los dos. Más que la diferencia de edad, le había preocupado la fortuna de Sabrina. Además, ella se lo había dicho claro: quería tenerle constantemente a su lado y no le permitía trabajar. A Darnell no le había gustado el papel que Sabrina pretendía adjudicarle y había conseguido llegar a la ruptura. Ahora, se dijo, si insistía un poco, ella volvería a reanudar los lazos ya rotos...

Pero no había ido a visitarla para volver a empezar de nuevo.

—Sabrina, si no te importa, me gustaría saber qué hacías ayer, a las diez de la mañana, en las inmediaciones del Palacio de Justicia —dijo.

Ella se quedó sin habla. Darnell la espiaba cuidadosamente y vio que palidecía horriblemente.

—¿El... Palacio de Justicia has dicho...? —contestó ella, tras unos segundos de silencio—. No... no recuerdo... Además, sabes que no madrugo mucho. Las diez de la mañana es demasiado temprano para mí...

—Estabas en la acera del lado Norte. Vestías enteramente de negro. ¿Era luto por Vessel?

Sabrina se puso rígida.

—¡Val! ¿A qué vienen esas tonterías? —exclamó furiosamente.

—Querida, será mejor que nos dejemos de rodeos. Vessel era tu amante. Lo sé... porque lo he investigado. Me entró curiosidad al verte vestida de negro. Pero una dama enlutada que sonríe no es cosa común, sobre todo, cuando la persona amada ha muerto dos días antes. Por eso me sentí muy intrigado, empecé a curiosear aquí y allí... y encontré las respuestas.

Sabrina guardó silencio un momento. De pronto, aparecieron las lágrimas en sus ojos.

—Sí —dijo al cabo—. Creighton mató al hombre a quién amaba y yo quise vengarlo.

CAPÍTULO VII

Calmosamente, Darnell encendió dos cigarrillos y pasó uno a la mujer. Ella aspiró el humo con gran nerviosismo.

—Debí perder la cabeza... —dijo, pasados unos momentos.

—¿Tanto le querías? —se asombró Darnell.

—Era mi vida...

—Vamos, vamos, Sabrina, a mí no tienes por qué engañarme. Podías estar encaprichada de Vessel y hasta quererle mucho, pero sé que no eres mujer capaz de llegar a ordenar un asesinato por dinero. Me explicaría mucho mejor que le hubieses pegado un tiro en un rapto de celos. Pagar a un asesino para que hiciera lo que tú no te atrevías a hacer personalmente es algo que no me cabe en la cabeza.

—Pues así es, aunque no lo creas —respondió Sabrina firmemente.

—Tú no me dices toda la verdad. Tienes dinero y te sobran dólares para pagar a un centenar de asesinos. Pero te falta la mente fría y lúcida que se necesita en un caso semejante. No dudo de que estés contenta de que la muerte de Vessel haya sido vengada. Sin embargo, dudo mucho de que tú lo ordenases.

—Te lo he confesado —gritó Sabrina descompuesta—. ¿Qué más quieres, Val?

—La verdad.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se miraban los dos recíprocamente. De pronto, Sabrina se sentó en el diván.

—Alguien me llamó hace dos días —empezó a hablar—. Dijo que conocía mis relaciones con Vessel y que estaba seguro de que el asesino resultaría condenado a una pena relativamente leve, lo cual era una injusticia. Yo le contesté que, en efecto, sentía muchísimo la muerte de Vessel, pero que no podía hacer nada. El desconocido dijo que tenía la solución en sus manos, sólo por cinco mil dólares.

—No está mal. Hay quién mata por la centésima parte y aún menos. Sigue, por favor.

—Me negué a su propuesta, como puedes figurarte. Entonces el desconocido dijo que quizá no me gustaría que la gente empezara a hacerse preguntas acerca de la muerte de mi esposo.

Darnell frunció el ceño.

—¿Tu esposo? Pero... si murió hace...

—Sí, se despeñó por el barranco que hay cerca de mi casa de recreo. Naturalmente, fue un accidente. Lo que sucede es que yo estaba allí y lo negué, por temor a que me pudieran acusar de su muerte.

—¿Negaste estar con tu marido en un fin de semana? —se extrañó Darnell.

—Era nuestro último fin de semana juntos y él no quería concederme el divorcio. ¿Cómo podía acceder, si yo era para él un grifo que chorreaba dólares continuamente?

Darnell cerró los ojos un momento. Opal Crown, Sabrina Ashley... mujeres hermosas, criadas en la opulencia, dueñas de grandes fortunas... El dinero, a veces, no sólo no daba la felicidad, sino todo lo contrario.

—Entonces, alguien sabía que tú estabas allí en el momento de su muerte —dijo pasados unos instantes.

—Sí, mi abogado. Él fue quién me aconsejó negase haber ido a la casa de campo.

—¿Quién es tu abogado?

—Frederick Dalhane. Murió el año pasado.

—¡Dalhane! —Respingó el joven—. Era el principal abogado de Burton Rhein.

«Rhein, siempre Rhein y su mano larga hasta el infinito», pensó.

—Yo no lo sabía... —se disculpó Sabrina.

Darnell comprendió entonces la llamada del desconocido.

—¿Le has pagado ya? —preguntó.

—Me había llamado apenas unos minutos antes de tu llegada. Tengo que entregarle el dinero esta noche, a las diez, en las inmediaciones de Wahalee Field. En persona —puntualizó Sabrina.

—Muy bien —dijo él—. Ahora mismo me darás el dinero o un cheque y yo me ocuparé de entrevistarme con el desconocido. ¿Te dio alguna contraseña para reconocerle?

—Cuando me vea, dirá: «Soy el ojo que nunca se cierra». Entonces, yo le daré el dinero...

—Es suficiente —cortó Darnell—. Prepáralo todo y en cuanto yo te llame esta noche, toma un avión para Miami. Hay un vuelo a las doce y media. No lo digas a nadie y procura vestir discretamente. ¿Lo has comprendido?

Los ojos de Sabrina se humedecieron.

—Oh, Val, no sé cómo agradecerle...

—Agradécelo pasándote una temporada al sol en Miami —contestó Darnell.

Abrió el coche y se quedó quieto, mirando a la mujer que estaba sentada a la derecha del volante.

—¿Le ha encargado a Rhein que me vigile. Sigrid? —preguntó.

Ella sonrió, a la vez que señalaba el asiento.

—Entre y conduzca; tenemos que hablar —respondió.

—Y luego se lo contará...

—No se lo contaré a nadie. Aunque sí tengo una gran curiosidad por saber a qué ha ido a visitar a la hermosa Sabrina Ashley.

—Hace unos cinco años, éramos amantes —contestó él con gran desparpajo.

Sigrid dio un bote.

—¡Y me lo dice así, tan fresco!

—Ella es muy hermosa. Hace cinco años, yo acababa de cumplir el cuarto de siglo y ella tenía treinta. Le gusté, me gustó y sobrevino lo inevitable.

—¡Qué caradura! —se escandalizó ella.

—¿Preferiría que le hubiese dado un nombre masculino en lugar del de Sabrina?

—Caramba, eso no...

—Entonces, no me reproche. Y usted, menos que nadie. No puede arrojar la primera piedra, sobre todo, pensando en que acabará en la cama de Rhein.

—Se equivoca, nunca consentiré...

Sigrid se calló de pronto. Darnell emitió una risita.

—¿Qué le pasa? Apuesto a que Rhein le ha sugerido ya algo en ese sentido.

—Me ha invitado a pasar el fin de semana en su finca de la playa de South Rocks. Dijo que me convendría, porque iba a asistir

también Harvey Dalhane, el presidente de la Compañía de Préstamos y Garantías.

—¿Dalhane, el hijo de Frederick?

—Sí. ¿Conocía usted al padre?

—Era un genio manejando el código, pero tenía la misma moral que una almeja vacía. ¿Piensa aceptar la invitación?

—Todavía no he resuelto nada, Val.

—Irás —aseguró él—. Quizá ahora no sucede nada, pero Rhein le dirá que ha hablado con Dalhane sobre el asunto de la hipoteca y que espera conseguir condiciones favorables. Usted empezará a sentir gratitud hacia él y un día, antes de que se dé cuenta, se encontrará acorralada, en un callejón con una única salida.

—La cama de Rhein —dijo Sigrid con los labios muy prietos.

—Exactamente.

—¿Y si no aceptase?

—Le aconsejo esté prevenida y se compre una tienda de campaña.

—Quiere decir que me echaría a la calle...

—Con la misma facilidad que yo echo al cenicero las colillas del tabaco.

Sigrid guardó silencio unos instantes. Luego dijo:

—Me gustaría darle una lección a ese canalla... ¡Pero entonces me pondría al lado de usted y es mi enemigo!

Darnell volvió a reír.

—Resultaría divertido, ¿verdad?

Ella no respondió. Durante unos minutos, permanecieron callados. Luego, de pronto, Sigrid observó que Darnell se desviaba para buscar un sitio donde estacionar el coche.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Usted, no sé. Yo voy a buscar ayuda para la mala pasada que pienso jugar esta noche a Rhein.

—No me diga...

—Como lo oye.

Sigrid se volvió en el asiento.

—Cuénteme —pidió súbitamente interesada—. Tal vez me guste ayudarle, Val.

—Puede resultar arriesgado —advirtió él.

—¿Hay peligro de tiros?

—Quizá.

—Bueno, procuraré dominar los temblores de mis piernas. ¿De qué se trata?

—¿Tiene en su casa un traje de luto y una peluca rubia? —preguntó él sorprendentemente.

—Vestido de negro, sí. Peluca...

—Cómprase una en algún lugar discreto, unos grandes almacenes, por ejemplo. Vaya luego a mi casa con la peluca y la ropa negra. Procure que sea holgada, al menos, por la parte superior, esto es, de la cintura al cuello.

—¿Para qué? —se extrañó Sigrid.

—Ya lo verá —contestó él, sonriendo enigmáticamente.

—La verdad, no sé por qué le estoy ayudando...

—Por la sencilla razón de que empieza a comprender la verdad y que se da cuenta de que su posición es falsa e insostenible —aseguró Darnell.

—No estoy tan convencida de lo que dijo cuándo nos separamos esta tarde —manifestó Sigrid, cerca de las ocho de la noche, en el apartamento de Darnell.

—Bueno, yo tampoco me considero infalible. Quizá usted tiene una buena parte de razón, pero abrigo la sospecha de que la están utilizando.

—¿Quiere decir que soy un juguete en las manos de Rhein?

—Si no existiera ese sobre, Rhein no tendría en usted el menor interés. Salvo por el asunto de la hipoteca y por el hecho de que es usted una mujer muy hermosa y a él le gustaría contarla entre el número de sus conquistas. Pero trata de aprovecharse de los sentimientos que abriga usted hacia Hannings en su propio beneficio.

—Tendrá que demostrármelo con algo más que palabras, ¿no le parece?

—Para eso vamos a hacer una excursión al Wahalee Field. Bien, ¿empezamos a prepararnos?

—He traído la ropa de luto y la peluca. ¿Qué hago?

—Lo primero de todo, quítese la blusa y la falda.

—Muy bien, iré al baño...

—Ha de ser aquí, Sigrid.

Ella le miró fijamente.

—¿Quiere un espectáculo de *strip-tease*? —preguntó.

—¿Qué se pone cuando va a la playa?

—Hombre, traje de baño de dos piezas... Pero la ropa interior es diferente.

—Por los encajes y adornos solamente. Además, llevan enaguas.

—Sí.

—¿Acaso piensa que es la única mujer a la que he visto con poca ropa? ¿Es que no se da cuenta de que, si quisiera, podría conseguirlo en otra parte, sin tantos remilgos y por unos cuantos dólares?

—No entiendo lo que piensa hacer, pero, como el resultado no me gusta, le... Tengo la mano muy pesada, ¿sabe?

Darnell sonrió.

—Aceptaré el castigo sin rechistar —contestó.

—Bien, entonces, empecemos.

Sigrid se quitó la blusa y la falda y quedó con las enaguas, debajo de las cuales se transparentaban el sostén y las bragas. Entonces, Darnell se acercó a ella con algo en las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven, muy intrigada.

—Un chaleco blindado. Quiero reducir los riesgos en la medida de lo posible.

—Podría haberlo dicho antes, ¡caramba!

—Nos habríamos evitado la discusión, ¿eh?

—Seguramente... —Sigrid se echó a reír de pronto—. La verdad es que me estoy portando como una solterona agriada y llena de resentimiento contra el mundo entero.

—Tiene muchos motivos —dijo él, mientras le abrochaba por detrás el chaleco blindado—. Bien, ya está —dijo momentos después—. Ahora, vístase de luto y no olvide la peluca rubia. Avíseme cuando haya terminado; voy a preparar un poco de café.

Sigrid estuvo lista diez minutos después. Cuando Darnell la vio, no pudo contener una sonrisa de satisfacción.

—Está desconocida —exclamó—. Claro que no sé si el tipo la conoce o no, pero lo más probable es que le hayan informado que tiene que entrevistarse con una mujer alta y rubia. La otra, además, tiene un mayor volumen... pectoral y también las caderas son más amplias. Pero de hecho esto no se notará. ¿Recuerda la contraseña?

—Sí. Me dirá: «Soy el ojo que nunca se cierra». Una clave rara,

me parece.

—El número de chiflados en el mundo es infinito —filosofó Darnell—. ¿Lista?

—Lista, Val.

—Entonces, ¡en marcha!

CAPÍTULO VIII

De cuando en cuando, Sigrid consultaba la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Faltaban escasos minutos para las diez y aún no había señal alguna del hombre que debía recoger los cinco mil dólares.

Darnell estaba escondido por alguna parte del parque. Sabía que él la veía constantemente, pero no tenía la menor idea del lugar en que se encontraba. Sólo sabía que cuando apareciese el desconocido, debía atraerle hasta cierto punto. A ella le había marcado el lugar exacto donde debía situarse después de que el hombre hubiese pronunciado la contraseña.

El chaleco no pesaba mucho, pero, le daba calor y, a veces, sentía como si se ahogase. No obstante, sabía que era una segura protección contra un disparo inesperado. La precaución estaba completamente justificada.

El desconocido apareció casi de repente, a cuatro pasos de distancia. Sigrid ahogó un grito de susto al ver su silueta oscura. La cara también era oscura. ¿Un hombre de color?, se preguntó.

—Soy el ojo que nunca se cierra —dijo el sujeto con voz deliberadamente falseada—. ¿Ha traído el dinero?

—Sí... sí... —El balbuceo de Sigrid no era fingido—. Lo tengo... —De pronto, se acordó de las instrucciones de Darnell y retrocedió paso a paso—. Sí, tengo el dinero...

Sigrid dio dos pasos más hacia atrás. Entonces, bajó la vista y divisó la leve señal blanca que Darnell había hecho con un tubo de pasta dentífrica, cuyo contenido había sido esparcido por el suelo.

—Bueno, ¿a qué espera? Vamos, deme la «pasta»...

Ella enseñó un sobre blanco que había llevado preparado y alargó el brazo un poco, retirándolo a continuación.

—A... qué está...

El sujeto avanzó dos pasos más, en realidad, largas zancadas, y

alargando las manos, se apoderó del sobre.

—Bueno, y ahora, muñeca, vete al infiern...

Sacó un revólver, pero, en el mismo instante, algo tiró de sus tobillos y le hizo dar casi una vuelta completa en el aire. Cayó al suelo de bruces, con tremendo golpazo, mientras Sigrid corría a esconderse detrás de un árbol.

—Val... —llamó temblorosamente.

—Aquí —contestó él.

Darnell surgió de la oscuridad y se arrojó sobre el sujeto, que forcejeaba para quitarse la cuerda que sujetaba sus tobillos. Antes de que pudiera defenderse, le asestó un tremendo puñetazo que lo dejó casi sin sentido. Luego, con la misma cuerda, le ató rápidamente y remató la operación sujetando las muñecas a los tobillos. Al terminar, se incorporó y miró sonriendo a la muchacha.

—Salga, Sigrid; «El ojo que nunca se cierra» está cerrado ahora.

Ella apareció temblorosamente y vio al hombre hecho un ovillo en el suelo.

—¿Qué... qué le ha hecho? —preguntó.

—Usted tenía que situarse en la marca. A un paso de distancia, había un lazo en el suelo, una vulgar trampa de cazador, para que se entere.

—Entonces, me usó como cebo —se indignó Sigrid.

—Recuerde que aceptó voluntariamente tomar parte en la operación. Por tanto, no admitiré ningún reproche —dijo Darnell.

Sigrid reconoció la razón de la respuesta. Curiosa, se inclinó hacia el caído.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó.

—Sencillamente, he puesto en práctica las enseñanzas adquiridas por correspondencia. «Como enlazar en diez fáciles lecciones». Lo malo es que no tenía a nadie para cronometrar el tiempo; creo que habría conseguido una buena marca.

—¿No es capaz de hablar nunca en serio? —Se enojó ella.

—Ahora mismo —contestó Darnell, al ver que el sujeto empezaba a agitarse.

Se arrodilló a su lado y arrancó algo de un tirón.

—Llevaba puesta una media para ocultar sus facciones —explicó—. Vamos a ver si le conozco.

Sacó una pequeña linterna y la enfocó al rostro del individuo.

No tardó en lanzar una alegre exclamación:

—Sigrid, tengo el gusto de presentarle a Sam Rugge, alias «El Mono». Por fortuna, los simios no entienden el lenguaje humano; de lo contrario, se sentirían muy ofendidos de que a un tipo como Rugge le diesen ese apodo.

—Usted conoce a mucha gente, ¿eh? —dijo ella.

—Sí, y también conozco a la dama para la cual trabaja este detestable espécimen del género humano. Sam, ¿te lo ordenó Rose Besley?

Rugge apretó los labios. Darnell agarró el revólver que se le había caído al sujeto y apoyó la boca del cañón en su ojo izquierdo.

—Te he hecho una pregunta —dijo.

—Sí, ella me lo ordenó... —contestó Rugge en el acto.

—Bien, es inútil que sigamos hablando, porque es seguro que Rose no te dio más detalles.

—No, sólo me dijo que tenía que venir aquí y...

—Y supiste que te darían cinco mil dólares y pensaste que era una magnífica ocasión para largarte con viento fresco, ¿verdad?

Rugge no contestó. Sigrid lanzó una exclamación:

—¡Pensaba asesinarme!

—Sí, pero en interés propio; no le habían ordenado nada semejante. Por fortuna, no le di tiempo a apretar el gatillo —contestó Darnell—. Bueno, vamos a ver si nos aseguramos de que este mico no nos estropee el resto de la noche.

—Pero ¿es que no me van a soltar? —preguntó Rugge.

—¿Me tomas por tonto?

Diez minutos más tarde, Rugge quedaba atado a un árbol y con la boca tapada por la propia media que había usado para cubrir su rostro. —El lugar es muy apartado y no lo encontrarán hasta que se haga de día— dijo Darnell, cuando ya marchaban de allí.

—Declarará lo que ha pasado...

Darnell sacó un pequeño rollo de billetes.

—Doscientos dólares —dijo—. Se los quité para que todo el mundo crea que fue asaltado por unos ladrones, diga lo que diga.

—Vaya —piensa usted en todo— se asombró ella.

—Rose le dio ese dinero por el trabajo. Es lo que yo pensaba pagar a la otra oveja.

—¿Qué otra oveja? Val, le aseguro que no le entiendo...

—El tigre se caza con una oveja o una cabra atada a un árbol. La oveja bala, acude el tigre y el cazador dispara y lo mata.

—Fue mi papel, pero pensaba encargárselo a otra. ¿Quién era?

—Ahí ya no me siento obligado a contestarle. Ni tampoco pienso llevarla a ver a Rose Besley, alias «Black Bee». No tengo ganas de que luego de el soplo de que me ha acompañado, ¿entiende?

—Sí. Oiga, ¿por qué la llaman así...?

—«Black Bee» es lo mismo que abeja negra. Rose ha tenido multitud de amantes. De dos de ellos, se dice que murieron misteriosamente y se susurra que ella misma los asesinó.

—Debe ser una mujer terrible —se espantó Sigrid.

—Lo es.

—¿Y no tiene miedo de enfrentarse a ella?

—Sé cómo tratarla —contestó Darnell con suficiencia.

Estaba sentada ante el tocador, acercándose la cara al espejo, en busca de imperfecciones de la piel. Era una mujer que había dejado atrás los cuarenta años, de curvas ampulosas y expresión dura y casi constantemente hostil. El pelo era muy rubio, pero el color debía mucho a la química. Su única indumentaria consistía en un camisón corto, sostenido por unos delgados tirantes.

Al cabo de un rato, Rose hizo una mueca y cogió un cigarrillo que tenía sobre el tocador. Entonces fue cuando vio por el espejo el hombre vestido de negro que estaba detrás de ella.

Inmediatamente, se volvió. Sonriendo, Darnell le acercó la llama de un encendedor.

—Todavía te conservas atractiva, Rose —dijo.

Los ojos de la mujer despedían llamas de ira.

—¿Cómo has entrado aquí? —barbotó.

—La pregunta es tonta. Hay una puerta...

—El vigilante no te habría dejado entrar. Val...

—Por eso he usado la ventana que da al patio posterior. Sólo es un piso, resulta fácil lanzar una cuerda con gancho, recorrer el pasillo... y llegar a tu habitación.

—Hace tiempo no necesitabas recurrir a esos trucos, Val.

—Han pasado diez años y entonces yo era un joven casi imberbe y no conocía bien a «Black Bee» —contestó él sin dejar de sonreír.

—¡No me llames así! —gritó ella, furiosa—. Ese apodo nunca me gustó.

—No lo inventé yo, Rose.

—Está bien. Val, por todos los diablos, dime, ¿a qué has venido?

—Sam me dio un recado para ti.

Ella entornó los ojos.

—¿Has estado con Sam?

—Sí. ¿Por qué le enviaste a recoger los cinco mil dólares que debía pagarle Sabrina Ashley?

Sobrevino un intervalo de silencio. El exuberante pecho de Rose palpitaba con violencia.

—Val —dijo al cabo—, ¿qué interés tienes tú en este asunto?

—Me reservo la contestación —repuso el joven—. Pero espero la tuya.

—¿Y si no quisiera hablar?

—Lo lamento infinito. Me disgustaría enormemente tener que zurrarte. Pero lo haría, créeme.

—Sabría defenderme...

La mano de Darnell se movió relampagueante. Antes de que Rose pudiera moverse, el filo de la mano estaba junto a su garganta.

—Podría haberte matado —dijo él.

Rose tragó saliva.

—Eres... terrible...

—Un poco menos que tú. ¿Quién te ordenó enviar a Sam a recoger el dinero?

Rose lanzó una obscena imprecación. Luego se golpeó un muslo con la palma de la mano.

—El —contestó sordamente—. ¿Quién diablos puede ser sino él?

—¿Te lo ordenó por teléfono?

—Oh, no. Me citó en un lugar apartado. Fui en mi coche. El esperaba en el suyo. Ni siquiera tuve que apearme. Su chófer maniobró, hasta que los dos coches quedaron rozándose. Hablamos de ventanilla a ventanilla y me dio instrucciones, eso es todo.

—¿Fue Sam el que llamó por teléfono a Sabrina Ashley?

—No. Sam sólo tenía que recoger el dinero. Supongo que lo hizo el que mató a Creighton.

—Rose, ¿qué le debes a Rhein? —preguntó Darnell de sopetón.

—¿Yo? Nada... Lo hice por...

—Rose, te conozco y sé que si no debieras nada a Rhein, le habrías abierto la cabeza de un botellazo o algo por el estilo, en

lugar de obedecer sus órdenes mansamente. Vamos, sé sincero conmigo.

Ella se cogió la cabeza con las manos.

—El local... Me hizo un préstamo... Si no le hubiera obedecido, me habría puesto de patitas en la calle... El local tiene una buena clientela, rinde mucho...

—Rose, ¿te gustaría recobrar algún día el recibo del préstamo?

—¡Por todos los diablos, sí! —gritó ella—. Pero tú no tienes el dinero suficiente...

—No, no tengo dinero bastante, aunque si un día Rhein se hunde, tú saldrás a flote. Pero necesito que me ayudes a torpedearle.

—¿Qué debo hacer, Val?

—¿Quién disparó contra Creighton?

—Val, no...

—Rose, tú conoces a una enorme cantidad de gente. Sabes qué es cada uno y de qué pie cojea. ¿Tienes que entregarle a él los cinco mil dólares?

—Sí... —contestó ella con voz apenas audible.

Darnell le puso en la mano el sobre con el dinero.

—Eso te libraré de sospechas. ¿Quién vendrá a recogerlos?

—Douglas. No puede tardar ya mucho.

—Muy bien. Dame el nombre del asesino.

—Se llama Waco Fregatti.

—Italoamericano, parece.

—No lo sé, ni me importa. Vive en...

Darnell se inclinó y besó una de aquellas mejillas, que ya había perdido su primitiva tersura.

—Dejé a Sam atado a un árbol en el Wahalee Field —dijo—. Ten cuidado con él: quería matar a la señora Ashley, para quedarse con el dinero y largarse del país.

—¿Eso quería ese hijo de perra? —se encolerizó Rose.

—No te miento —contestó Darnell con la mano en el pomo de la puerta.

—En cuanto le ponga la vista encima, le voy a arrancar la piel a tiras, te lo aseguro.

Darnell se echó a reír.

—No tengo la menor duda —se despidió.

Y lo haría, pensó. Rose era mujer que solía practicar literalmente lo que predicaba. Compadeció a Rugge.

Salió por el mismo sitio. Cuando se encaminaba hacia la casa de Fregatti, pensó que necesitaba un par de días de descanso.

La semana precedente había sido muy movida. A Hannings le quedaban aún otros siete días para las elecciones.

Podía tomarse dos días de absoluto descanso. Pero no solo. Ni tampoco con Sigrid.

Sonrió al pensar en cierta encantadora joven que, se dijo, aceptaría gustosa la invitación. Antes, sin embargo, era preciso liquidar el asunto de Fregatti.

CAPÍTULO IX

La luz entraba a través de la ventana entreabierta y permitía ver al durmiente, boca abajo en la cama y completamente desnudo. Sobre la mesilla de noche, se divisaba una botella mediada y un vaso. La habitación olía a sudor y a alcohol.

Darnell avanzó paso a paso hacia la cama. Silenciosamente, se ajustó aún más los guantes de fina piel negra que cubrían sus manos. Luego, con la suavidad de una serpiente, metió la mano bajo la almohada y extrajo un revólver de cañón corto y calibre 45.

Contempló el arma un instante. Era, sin duda, un revólver viejo, pero todavía podía funcionar perfectamente. El cañón, de casi treinta centímetros de largo originariamente, había sido acortado en cuatro quintas partes de su longitud.

—Un arma canalla —murmuró.

Inclinándose un poco, tocó en el hombro de Fregatti con la mano izquierda. Fregatti se despertó instantáneamente y metió la mano bajo la almohada.

Darnell le dejó hacer. Cuando el asesino, atónito al no encontrar su revólver, empezaba a levantarse, Darnell disparó su puño derecho con tremendo ímpetu.

Fregatti lanzó un gruñido y saltó fuera de la cama. Darnell pasó al otro lado, se inclinó sobre él y lo puso de nuevo encima del lecho. Luego rasgó una sábana y lo ató y amordazó a conciencia.

Para que Fregatti no se escapara a rastras, ató sus tobillos a una pata de la cama. Luego, tranquilamente, corrió las cortinas y encendió la luz.

Sin prisas, empezó a registrar la casa. Un cuarto de hora más tarde, tocó el fondo de una alacena y percibió sonido a hueco. Buscó un cuchillo en la cocina y levantó dos tablas. Un bulto de forma alargada, envuelto en tela encerada, apareció ante sus ojos.

Sonrió satisfecho. Además del fusil, había también una Luger y

un Colt automático.

—Estaba bien provisto —murmuró.

Regresó al dormitorio con las armas. Desenvolvió el fusil y lo examinó con gran atención. Un arma magnífica, se dijo. Con aquel fusil, había resultado sumamente sencillo meter dos balas en el cuerpo de Creighton.

Fregatti empezó a moverse. Darnell no le había tapado la boca.

—Hola —sonrió.

El asesino era de mediana estatura, muy moreno, con pe lo negro y aceitoso. Sus ojos eran crueles y le miraron con odio infinito.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Darnell usaba unas gafas levemente coloreadas y casquete negro, como el resto de su indumentaria. Estaba seguro de que Fregatti no lo conocía pero, a pesar de todo, prefería evitar futuros conflictos.

—Eso no importa —respondió, a la vez que agitaba el rifle—. Con esto disparaste contra Creighton, ¿verdad?

—No he oído ese nombre en los días de mi vida.

—No temas, no voy a apretar las clavijas en ese sentido. Ya lo hará la Policía, cuando compare las balas. Lo que sí quiero es que me digas quién te pagó para matar a Creighton.

—¿Cree que se lo voy a decir?

—¿Lo ves? Implícitamente, ya has admitido haber dado muerte a Creighton. Bueno, pero eso, repito, no importa demasiado. Vamos a ver si me dices el nombre de la persona que te encomendó el trabajito.

—¡Váyase al infierno! —rugió Fregatti.

—Allí hace mucho calor, no cabe duda.

Darnell encendió su mechero y arrimó la llama al desnudo pie derecho del sujeto. Fregatti lanzó un aullido y quiso encoger la pierna, pero la tira de sábana se lo impidió.

—¡Quite eso! —aulló—. ¡Deje de quemarme...!

—Habla —pidió Darnell, inflexible.

—Douglas... —Fregatti sollozaba de rabia y de vergüenza, porque se daba cuenta de que había cedido ante una levísima quemadura—. Heck Douglas... Me llamó por teléfono y dijo que me enviaría cinco mil dólares...

Darnell hizo saltar el encendedor en la palma de la mano y lo

guardó en el bolsillo.

—Gracias por la información, Waco —dijo.

—Oiga, suélteme...

—¿Soltarte? ¿Has perdido el juicio? —Darnell levantó el teléfono—. Telefonista, con la Policía, por favor; es muy urgente...

Mientras hablaba por teléfono contempló a Fregatti «Si tus ojos fuesen cañones de escopeta, ya estaría muerto», pensó al captar la mirada de odio que le dirigía el asesino.

Un minuto después, abandonaba el apartamento a todo correr. Cuando estuvo a distancia segura, consultó su reloj.

—La noche ha sido un poco ajetreada —murmuró—. Pero creo que todavía llegaré a tiempo...

Veinte minutos después, vio una silueta femenina que caminaba por la acera, con un gran bolso colgado del hombro izquierdo, mirando hacia atrás de cuando en cuando. Inmediatamente, refrenó la marcha.

—Kira, en lugar del autobús, ¿no prefieres mi coche? —invitó.

La fotografía se volvió y lanzó un grito de alegría.

—¡Val! ¡Qué sorpresa! No esperaba verte...

Darnell abrió la portezuela y Kira entró rápidamente, acomodándose a su lado.

—Tomarás una copa en mi casa. Val.

—No. Ni siquiera pienso subir. Tú si lo harás y pondrás en un maletín lo más indispensable, para pasar un par de días en un lugar delicioso, junto al mar. ¿Qué te parece la idea?

Los ojos de la joven brillaron.

—Maravillosa —contestó.

La playa era larga, de arena muy fina, y las olas morían mansamente en la orilla. Completamente feliz, Kira correteaba arriba y abajo chapoteando en el agua como una niña de pocos años. Recostado en la arena, a la sombra de un parasol multicolor, Darnell sonreía mientras contemplaba la esbelta figura de la joven, rebosante de atractivo.

De pronto, exaltante de júbilo, Kira se desanudó la cinta que sujetaba sus largos cabellos rubios. Luego soltó la parte superior del traje de baño y la lanzó a un lado. La mitad inferior estaba sujeta por dos lacitos en los costados y los soltó también.

—Esto es vida —dijo, respirando a pleno pulmón el aire cargado

de sales marinas y de yodo—. Hacía años que no disfrutaba tanto.

Se acercó al joven y se arrodilló a su lado, mirándole intensamente.

—Ya no recuerdo el tiempo que no había hecho una cosa semejante —añadió.

—¿A qué te refieres? —sonrió él.

Kira señaló sus senos redondos y se tocó las caderas.

—Esto —dijo—. Quiero decir, desnudarme delante de un hombre...

—Lo hiciste anoche, cuando llegamos —le recordó Darnell.

—Bueno, pero esto es diferente... Son las tres de la tarde y estamos a pleno sol...

—Y no se ve un alma en cien millas a la redonda.

—Es lo mejor de todo. Parece como una de esas películas futuristas... Una gran catástrofe ha asolado la Tierra y sólo quedan un hombre y una mujer, tú y yo...

Se inclinó hacia adelante y le besó suavemente en los labios.

—Sé que esto pasará y que no volverá a suceder más, pero lo recordaré mientras viva. Jamás olvidaré uno de los pasajes más felices de mi vida, puedes creerme.

—Me siento muy satisfecho al saber que eres tan feliz —contestó Darnell—. Tú también has puesto de tu parte algo para agradarme.

—Lo deseaba —aseguró Kira.

Darnell se incorporó un poco.

—Hace calor —dijo—. ¿Quieres un poco de cerveza? ¿O prefieres un refresco? —propuso a la vez que abrió el refrigerador portátil que había traído consigo—. Hay también limonada...

—Cerveza —indicó ella.

Darnell abrió dos latas y le pasó una. Al cabo de unos momentos. Kira sonrió:

—Estos días no son de mucha clientela para el Sevilla —dijo.

—Llamaste esta mañana y les dijiste que estabas indispuesta. No te harán nada por dos días que faltes a tu trabajo.

—¡Hum! —dudó Kira—. James, el *mâitre*, es persona considerada no me dirá nada. Pero, en cambio, Barris...

Darnell oyó aquel nombre y se enderezó un poco.

—¿Has dicho Barris?

—Sí. ¿Le conoces?

—¿Cómo se llama Kira?

—Ronald. Pero...

—¿Tiene unos cincuenta años, es más bien bajo y le falta bastante pelo? —preguntó Darnell.

—Sí, es idéntico a como le has descrito. No levanta nunca la voz, pero tiene un genio terrible. Cuando ordena algo, se tiene que hacer y pobre del que se retrase o se equivoque. Antes de que sepa lo que ha sucedido, ya está de patitas en la calle. La suerte es que se le ve muy poco por el Sevilla; casi siempre está en su despacho, vigilándolo todo por una mirilla que tiene detrás de las paredes.

—No sabía que Barris fuese dueño del restaurante —dijo el joven, quien todavía no había digerido la sorpresa que acababa de recibir.

—Oh, él no es el dueño, sino el gerente, con plenos poderes, eso sí. El dueño es Rhein, tú lo viste con una hermosa joven la noche en que nos conocimos por primera vez.

—Sí, es cierto —murmuró él, preocupado. Aquella noticia, se dijo, introducía factores nuevos en el asunto. Le pareció extraño que Sigrid no se lo hubiese dicho y se prometió mencionar el caso en la primera ocasión que se le presentase.

Al cabo de unos momentos, sonrió:

—Kira, lo mejor de todo es dejar de preocuparnos de Barris —dijo—. Yo me voy a preocupar de ti y tú de mí. ¿Te parece bien?

Ella lanzó un chillido de alegría y se arrojó en sus brazos. Darnell consiguió hablar, después de casi un minuto de tórridos besos.

—Nena, yo ya he pasado la fiebre de la adolescencia y me gustan las comodidades. Aunque seamos la última pareja sobre la Tierra, allí estoy viendo una casa donde hay blandos colchones, frescas sábanas...

Kira se puso en pie de un salto.

—¡Vamos, no perdamos tiempo! ¡Deja la sombrilla, ya vendrás luego a recogerla! —exclamó, al ver que Darnell quería plegar el parasol.

Agarró la mano del joven y tiró de él. Mientras corría, se inclinó sucesivamente para recuperar las dos piezas del traje de baño con la mano libre.

La casa estaba a unos cien pasos de la playa. Había más,

esparcidas por aquellos parajes, pero no se veía a nadie en sus inmediaciones. Era un edificio de una sola planta, sin demasiadas pretensiones, pero en donde no faltaba nada para poder vivir con toda comodidad.

—¿Es tuya? —le preguntó Kira, cuando ya llegaban.

—Sí. La compré hace tres años. Surgió una ocasión y me pareció tonto desaprovecharla. Ahora ya vale, al menos, el doble de lo que pagué entonces.

Cuando estaban en el umbral, rodeó con su brazo la esbelta cintura de la joven.

—Te dejaré la llave, para que vengas aquí cuando te apetezca —dijo.

—Lo haré siempre que me sea posible.

Todavía ante la puerta, cambiaron un beso lleno de pasión. Luego. Darnell miró a la joven y vio en sus ojos un brillo inequívoco.

—¿Vamos? —susurró.

Kira asintió en silencio. Pero no pudieron dar un paso más.

Inesperadamente, se oyó el ruido de un coche que llegaba a toda velocidad.

CAPÍTULO X

Darnell se alarmó, ya que no esperaba a nadie. Corrió hacia la esquina y vio el coche que llegaba por el camino de tierra que permitía el acceso a la playa, dejando una enorme estela de polvo.

El automóvil le resultó desconocido. Había visto el de Sigrid en más de una ocasión y sabía que era de color azul plateado. El que llegaba era gris fuerte, con pintura normal.

Volvió junto a Kira y la empujó con una mano.

—Anda, pasa dentro y métete bajo la cama —ordenó—. Presiento que vamos a tener jaleo.

—Oh, Dios mío... —Se aterrorizó la joven.

—Aprisa, aprisa —gritó él, porque ya oía el chirrido de los frenos del coche.

Dio un salto y se lanzó hacia el dormitorio, en donde había dejado el revólver arrebatado a Fregatti. Por recoger a Kira, no lo había dejado en su apartamento, cosa de la que se felicitó en silencio.

Se acercó a una de las ventanas. Dos hombres llegaban en aquel momento. Uno de ellos hizo un gesto con la mano, señalando la trasera de la casa. Darnell supo así que pretendían pillarle entre dos fuegos.

Porque ambos iban armados y ya tenían las pistolas en las manos. Resultaba obvio que sus actividades resultaban sumamente incómodas para alguien.

Le habían estado buscando por la ciudad. Al no encontrarle, alguien habría indagado, enterándose de que tenía una casa en la playa. Seguramente, el tipo había pensado que el propio Darnell les ofrecía la ocasión en bandeja.

—Hay algo que se llama defender cara la propia vida —pensó, mientras amartillaba el vetusto Colt, cuyo cañón parecía una pieza de artillería.

Alguien llegó a la puerta y tanteó el pomo. Darnell se agachó detrás de un diván.

Se oyó ruido en la puerta trasera. El otro pistolero estaba entrando ya.

La puerta anterior giró lentamente. Darnell se deslizó hacia uno de los extremos del sofá.

Alguien se asomó con gran cautela. Sonaron pasos al otro lado de la sala.

El pistolero levantó su mano y apuntó con gran cuidado. Cuando la puerta que comunicaba con el interior de la casa empezaba a abrirse, Darnell se puso la mano izquierda junto a la boca y silbó una alegre melodía.

La puerta terminó de abrirse y el primer pistolero empezó a disparar. Cuando había hecho el tercer disparo, se dio cuenta de su error.

—¡Hijo de perra, me has matado! —gritó el otro, mientras se desplomaba.

Entonces, el asesino se percató de su error y comprendió que el silbido había sido un claro engaño. Adivinó la verdad y apuntó hacia el sofá.

Darnell disparó desde el suelo, asomando apenas un ojo. La primera bala alcanzó de lleno al pistolero en el estómago, haciéndole dar un salto convulsivo. El segundo disparo lo proyectó hacia atrás, lanzándole con la misma fuerza que si hubiera recibido la coz de una mula. El asesino cayó de espaldas y ya no se movió.

Darnell se puso en pie lentamente, mientras se apagaban los ecos de los disparos. La atmósfera olía horriblemente a pólvora quemada.

—¡Kira, todo ha pasado! —gritó.

La joven sollozó.

—¿Estás bien, Val?

—Sí, nena, no te preocupes.

—He pasado un miedo espantoso...

—Ya no hay motivos para temer nada.

Darnell se acercó al primer cadáver y lo examinó unos momentos. Luego fue hacia la entrada.

El otro tenía dos horribles boquetes en el pecho. Darnell contempló estupefacto el revólver que aún empuñaba.

—Es un cañón —murmuró.

De pronto, oyó un grito sofocado y se volvió. Kira estaba en el umbral de la otra puerta, contemplando aquel sangriento cuadro con ojos desorbitados.

—Será mejor que te vistas —aconsejó él.

—E... están muertos... ¿Qué piensas hacer con ellos?

—No tardarás en saberlo.

Darnell se puso a trabajar inmediatamente. Unos minutos después, anunció a Kira que iba a salir, pero que volvería muy pronto.

Había examinado la documentación de los muertos, pero sus nombres no le dijeron nada. Tal vez eran pistoleros «importados». Su identidad, sin embargo, carecía de interés para él. Era mucho más importante saber el nombre de la persona que los había contratado.

Una hora más tarde, volvió a la casa. El suelo, apreció, estaba limpio de manchas de sangre.

—Lo he fregado yo —declaró Kira—. Imaginé que había que hacerlo...

Darnell le palmeó la mejilla.

—Eres una chica estupenda alabó.

—Todavía tiemblo como un flan... ¿Qué diablo has hecho con...?

—Hay un barranco a dos millas de aquí. Es un sitio por dónde no pasa nadie casi nunca. Lancé el coche al barranco, aunque por fortuna no se incendió. El humo habría atraído la atención de algún curioso, ¿sabes?

—Es una buena solución —dijo Kira.

—Antes, sin embargo, limpié bien mis huellas dactilares, incluso en las pistolas. También dejé el revólver. Era de Fregatti. Confundirá mucho a los investigadores.

Entonces, te has quedado sin armas.

—Ya no las necesito, Kira.

Ella le contempló con admiración.

—Eres un tipo con redaños —dijo—. Has matado a dos hombres...

—Sólo uno, el que vino por la parte de adelante. Éste acribilló a su compinche, creyendo que era yo.

—¿Es cierto? ¿Cómo pudo engañarse?

—¿No escuchaste un silbido momentos antes de oír los disparos? Era yo y, al ponerme la mano así. —Darnell hizo una demostración práctica—, el pistolero creyó que su víctima llegaba despreocupadamente. Esta posición de la mano desvía los sonidos, ¿comprendes?

—Astuto como un zorro —exclamó Kira—. Bien, ¿y ahora? Porque supongo que podemos dar por terminadas estas vacaciones microscópicas...

Darnell no pudo contestar. Un coche frenó brutalmente en aquel momento. Alarmado, contó hacia la ventana y se sintió enormemente sorprendido al ver a Sigrid que desembarcaba del vehículo y echaba a correr hacia la casa.

Intrigado, salió a la veranda. Sigrid dio la vuelta, le vio y lanzó un agudo grito:

—¡Val! ¡Me han robado el sobre!

Darnell respingó y descendió los escalones para salir al encuentro de la joven. Sigrid le cogió una mano ansiosamente.

—Lo vi esta mañana, cuando abrí la caja, para sacar algo de dinero y, y...

De pronto, se calló, con los ojos muy abiertos. Darnell se dio cuenta de que miraba algo que había a sus espaldas y se volvió.

Kira, llena de curiosidad, estaba en el umbral. Se había puesto una bata para fregar los suelos, pero la tenía casi completamente abierta, sin haberse dado cuenta del detalle, y era fácil apreciar su desnudez bajo la prenda.

Sigrid estuvo unos momentos con la boca abierta. Luego, de pronto, lanzó un grito de rabia, dio media vuelta y echó a correr hacia su coche, desapareciendo de aquel lugar en contados segundos.

—¿Qué le pasa a esa chica? —se asombró Kira.

Darnell apretó los labios.

—Está un poco chiflada —contestó sombríamente.

Volvió a la veranda, abrazó a Kira y le palmeó las espaldas.

—No te preocupes —dijo—. Lo único que siento es que tenemos que volver inmediatamente a la ciudad.

—Comprendo —repuso la joven, tras un hondo suspiro de resignación—. Iré a preparar el equipaje ahora mismo. Estaré lista

dentro de un cuarto de hora, Val.

Darnell encendió un cigarrillo y aspiró el humo casi con rabia. Una maldita complicación, se dijo. A Sigrid le habían robado el sobre, pero ¿no había podido esperar veinticuatro horas para decírselo?, pensó amargamente.

Sigrid estaba sentada en el sofá, con expresión abstraída, pero se levantó en el acto al verle entrar.

—¡Fuera! —dijo—. No te pongas más ante mi vista...

—Será mejor que te calmes —aconsejó Darnell sin inmutarse—. La cólera no resuelve nunca nada. Lo único que hace es empeorar la situación.

—La mía ya no puede estar peor —respondió ella agudamente—. Así que, como ya no te necesito para nada, lo mejor será que te largues y no me vuelvas a ver en la vida.

—No pienso marcharme —dijo él—. Y, si es preciso, te ataré de pies y manos para que me escuches.

—¿Vas a contarme una historia romántica acerca de ti y de la zorra que estaba contigo en la playa?

—¿Era algo malo?

—Hombre, no pretenderás que te dé palmaditas en la espalda, ¿verdad?

—Sobre este punto, no tengo que darte ninguna explicación, Sigrid.

—Ni hace falta. Lo he visto yo misma. —Ella rió agriamente—. De modo que esa rubia desvergonzada era tu reposo del guerrero, ¿eh?

Darnell la miró oblicuamente.

—Sigrid, si te lo hubiese propuesto, ¿hubieras aceptado?

—Ni siquiera lo probaste...

—Pero me hubieses contestado negativamente, claro.

—Es cierto —admitió ella de mala gana—. No hubiese aceptado... Pero ¿qué te has creído? ¿Piensas que yo...?

—No, no eres como ella. Por eso no te dije nada. Necesitaba un par de días de descanso. Simplemente, quería un poco de amable compañía.

—Los hombres siempre tenéis una excusa a punto —dijo Sigrid ácidamente.

—¿Y qué? A ti no te debo nada en este aspecto. Aunque no lo

creas, te estoy ayudando, porque sé que te utilizan como si fueses un monigote y tú no sabes darte cuenta. Pero, al mismo tiempo, ayudo también a Hannings y si no fuera por esta circunstancia, podrías irte al diablo... y te regalaría yo mismo la tienda de campaña.

Sigrid se mordió los labios, porque sabía que lo que decía Darnell era cierto.

—Lo siento —murmuró—. Me enfurecí al verla en la casa de la playa y... y pienso que no tenía motivos para hacerte reproches.

—A menos que te hayas enamorado de mí, naturalmente.

—¡No seas presuntuoso! Tú y yo estamos en dos campos opuestos.

—Pero luchamos por la misma causa.

—¡Je! —rió ella—. Es lo más divertido...

—Déjate de mordacidades. Te han robado el sobre, ¿verdad?

—Sí.

—Notaste su falta esta mañana.

—Exacto.

—Dijiste que ibas a sacar dinero...

Sigrid desvió la mirada.

—Necesitaba hacer unos pagos... Unas facturas pendientes...

—¿Y tu cuenta bancaria?

—Está prácticamente agotada. Sólo tengo los fondos suficientes para las cuentas de la luz, teléfono y cosas así.

—Luego estás en la ruina.

Sigrid abrió los brazos y los dejó caer a los costados.

—Como quien dice, sólo tengo lo puesto.

—Sí, porque la casa ya no es tuya. Pero, si mal no recuerdo, dijiste que la caja tenía varias claves y que sólo tú las conocías.

—Así era, Val.

—Eso no es cierto. Si las alarmas no funcionaron, si la caja fue abierta sin violencia, la explicación es muy sencilla: alguien más conocía las claves.

—Yo nunca se lo dije a nadie...

—Quizá el ladrón se enteró sin decírtelo.

—Pero, no comprendo... ¿Quién pudo hacerlo, Val? Me siento terriblemente desorientada...

Darnell se acercó a una repisa, preparó dos vasos y destapó un

frasco de vidrio tallado. Al ver la escasez de su contenido, torció el gesto.

—En efecto, estás arruinada —comentó.

Le entregó un vaso.

—¿Por qué fuiste a la casa de la playa? —preguntó.

Sigrid tomó un par de sorbos antes de contestar.

—Me pareció que debía comunicarte la noticia —dijo.

—Allí hay teléfono.

—No conocía el número...

—Pero sí supiste que yo tengo allí una casa y jamás te dije nada al respecto. ¿Cómo te enteraste?

—Recibí una llamada... Acababa de notar la falta del sobre. Creí que serías tú, pero estaba equivocada: era otro hombre.

—¿Quién, Sigrid?

—No lo sé, no dijo su nombre. Sólo dijo que tú tenías algo importante que contarme... También mencionó que era amigo tuyo... Compréndelo, en esos momentos yo no razonaba con claridad. No sabía qué hacer...

—Ese tipo te indicó el camino, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

—Bien —dijo Darnell—, al hombre lo que menos le interesaba era lo que yo podía decirte. Lo único que quería era que llegases allí y encontrases mi cadáver.

Sigrid se horrorizó.

—No hablarás en serio —exclamó.

—Alguien envió a dos tipos para asesinarme —contestó Darnell gravemente—. Uno mató a su compinche, porque yo provoqué su confusión, y luego tuve que disparar contra el primero. Cuando tú llegaste, había pasado apenas una hora del tiroteo.

Ella le miró con ojos de pasmo.

—Querían asesinarte... ¿quién?

Darnell movió la cabeza, señalando el espejo que ocultaba la caja fuerte.

—Con toda seguridad, el mismo que tiene ahora ese maldito sobre —contestó.

CAPÍTULO XI

Al día siguiente, por la noche, Darnell fue a cenar al Sevilla.

Kira se le acercó sonriendo, con la cámara a punto.

—¿Fotografía, señor? —sonrió.

—Necesito que me ayudes —murmuró él.

—¿Qué debo hacer? —preguntó la joven.

—¿No vas algunas veces al tocador de señoras?

—Sí, claro...

—¿Cuándo hay menos gente allí, Kira?

—Oh... Hoy no hay mucha clientela... Dentro de un cuarto de hora.

—Muy bien.

Kira disparó la cámara y se marchó. Quince minutos más tarde, Darnell se levantó y abandonó la sala, escondiéndose en uno de los cubículos del tocador. Kira llegó instantes más tarde y se situó ante un espejo.

—Estoy aquí —dijo él.

—Habla —invitó la joven, mientras simulaba retocarse los labios.

—¿Está Barris en su despacho?

—Sí, claro...

—Muy bien. Sube a verle dentro de diez minutos...

Darnell habló rápidamente. Al terminar, ella asintió.

—De acuerdo, Val. Suerte —le deseó.

Cargó con la cámara y se marchó. Darnell volvió a su sitio a continuación.

Unos momentos más tarde, ella se le acercó, simuló hablar con él y luego le propinó un sonoro bofetón, marchándose inmediatamente, con aire de viva indignación. El joven se levantó con rapidez y desapareció de la escena, antes de que ninguno de los clientes tuviera tiempo de reaccionar.

Momentos después, Kira protestaba a voz en cuello de las vejaciones que tenía que sufrir de algún cliente con manos demasiado largas.

—Yo soy una chica honrada y vengo aquí para ganarme la vida, no para que cualquier palurdo con dinero en el bolsillo se crea que soy un piano. Así que como no quiero aguantar más esta situación, le pido que me pague inmediatamente y que me considere despedida. ¿Me ha oído bien, señor Barris?

—Será mejor que te calmes, muchacha; no armes un escándalo...

—Lo organizaré si no me paga. Hay un Sindicato, ¿sabe?, y podríamos ponerle en apuros si la cosa se supiera.

—Está bien, está bien... Te pagaré ahora mismo y por mí, puedes largarte con viento fresco...

Barris se levantó y fue a la caja fuerte, situada en un rincón del despacho. Cuando la había abierto, sonó la voz de Kira, presa de una gran excitación:

—¡Caramba, miren quién está aquí! Si no le viera con mis propios ojos, creería que me están engañando... ¡Y parece que viene con ganas de jaleo! Como James no le contenga, va a organizar una buena...

Barris se alarmó y corrió hacia la mirilla.

—¿A quién te refieres? —exclamó.

—Allí, en la mesa del fondo... Ahora está tapada por la palmera, pero entró borracha...

—No digas tonterías, Kira —barbotó el sujeto.

—Que sí, que es cierto... La he visto... Casi derribó a un camarero que llevaba una bandeja repleta de platos... Hay que ver, una muchacha tan distinguida, borracha como cualquiera... Luego estará presumiendo de decencia y... Pero ¿no la ve, señor Barris? ¡Es Sigrid Mowatt!

Barris alargó el cuello instintivamente. De espaldas al resto de la estancia, no vio al hombre que entraba agachado con absoluto sigilo, y se acercaba a la caja fuerte, abierta de par en par.

La operación duró menos de veinte segundos. Darnell divisó el sobre, se apoderó de él, y todavía retirándose, lo guardó en la pechera de la camisa.

Barris vio a James que se acercaba a la mesa oculta por la

palmera y que hablaba con alguien. Sigrid se levantó y dio un traspié, apoyándose en el *maître* para no caer al suelo. Kira volvió la cabeza un instante, a tiempo de ver la puerta que se cerraba silenciosamente.

Sonrió para sí y se separó de la mirilla. Barris soltó una maldición.

—Vuelve luego —dijo, malhumorado—. Entonces te haré la liquidación.

—Sí, señor, como usted ordene.

Kira se marchó, para reunirse con Darnell una vez hubo terminado su tarea.

—Has estado magnífica —alabó él.

—¿Lo has conseguido?

—Claro, nena. Ahora me preocupa tu empleo...

—Oh, pierde cuidado. A decir verdad, ya estaba pensando en dejarlo; es un trabajo que no ofrece perspectivas para mí.

—Entonces, ¿te has despedido de veras?

—Sí. Hace tiempo que pensaba hacerlo. Tengo algún dinero ahorrado y esperaré sin prisas a encontrar algo que me guste.

—Conozco a un buen amigo, que te daría colocación. Es dueño de un gran supermercado y podrías ocupar un puesto de cajera.

—No estaría mal —admitió Kira—. Me lo pensaré, de todas formas.

—Llámame en cuanto hayas tomado una decisión.

—Está bien.

Quince minutos más tarde, Darnell detenía el coche frente a la casa donde vivía la joven.

—¿No quieres tomar una copa, Val? —propuso ella.

Darnell la besó suavemente.

—Otro día —se despidió.

Se había acostado muy tarde y durmió hasta bien entrada la mañana. Al despertar, fue al baño y estuvo un buen rato bajo la ducha. Luego se puso una bata de felpa, corta, y se dirigió a la cocina, en donde enchufó la cafetera. Estaba tomando la primera taza, cuando sonó el timbre.

—Ya está ahí —sonrió.

Dejó la taza a un lado, cruzó la sala y abrió la puerta. Vio llegar

el puño y en el acto supo que era demasiado tarde para esquivar el golpe.

Cayó de espaldas, con los pies por alto, aturdido, viendo millares de estrellas delante de sus pupilas. Douglas y Trent cruzaron el umbral. Trent cerró de un taconazo.

Douglas se inclinó sobre él y, agarrándolo por la bata, le hizo levantarse a la fuerza.

—¿Dónde está? —preguntó.

Darnell sacudió la cabeza.

—No sé a qué te refieres...

—Sujétale, Tex —ordenó el hampón.

Trent se situó detrás del joven y lo agarró por los brazos. Douglas le golpeó sañudamente en el estómago.

Darnell emitió un gemido de agonía y sintió que se quedaba sin respiración. Douglas repitió la pregunta.

—No sé... nada... —contestó el joven, como un jadeo apenas ininteligible.

Un puño se estrelló contra su pómulo, que empezó a sangrar de inmediato. Darnell forcejeó, pero había perdido la iniciativa y Trent era un hombre muy robusto.

Durante unos momentos, se vio sometido a una agonía que no parecía tener fin. Notó que perdía el sentido y deseó la pronta llegada de la inconsciencia. Delante de él, Douglas lanzó una terrible blasfemia.

—Es un tipo duro, tú —dijo Trent.

—Yo sé cómo ablandar a los tipos como éste —rezongó Douglas.

Golpeó de nuevo y la cabeza del joven se desplomó sobre su pecho. Douglas se chupó los nudillos.

—Déjalo, Tex.

Darnell rodó sobre la alfombra. Douglas miró a su alrededor.

—Este tipo tiene algo que utilizó muy bien hace algunos días, contra aquellos dos estúpidos —dijo.

De pronto, entró en el dormitorio y empezó a revolverlo todo. No tardó en hallar lo que buscaba con tanto afán.

—¡Tex! —gritó—, ¡trae una jarra con agua! Quiero que esté despierto cuando llegue la hora del vapo.

Momentos después, Trent vaciaba una jarra sobre la cabeza de Darnell. En pie, a unos pasos de distancia, Douglas se palmeaba la

mano izquierda con una varilla de hierro forrada de cuero.

Al cabo de unos minutos, Darnell se sentó en el suelo y sacudió la cabeza. Sentíase abrumado por el dolor, pero lo que más le enfurecía era que se sabía incapacitado para defenderse.

A través de una bruma roja vio a Douglas, haciendo chasquear la varilla. El hampón sonreía morbosamente.

—Ya sabes lo que es esto —dijo—. Tú mismo rompiste algunos huesos hace poco más de una semana. Sabes de sobra qué buscamos y nos lo vas a dar, aunque luego tengan que enyesarte desde los pies hasta el cuello. Te haré la pregunta por última vez y no lo repetiré. ¿Has comprendido?

Darnell asintió.

—Sí, pero...

—¿Dónde está?

El joven se arrastró unos pasos. Luego se limpió las gotas de agua de su frente con la mano.

—Lo tienes bajo tus pies —dijo.

Douglas le miró recelosamente.

—Estás de broma gruñó.

—Dale un golpe —pidió Trent—. Estamos perdiendo el tiempo...

Los dientes de Douglas rechinaron.

—Sí, creo que tienes razón. —Y alzó la varilla.

Pero no pudo descargar el golpe. Una voz estridente sonó en la puerta:

—¡Toque a ese hombre y le llenaré el cuerpo de plomo!

Douglas y Trent se volvieron, sobresaltados. Atónito, Darnell vio a Sigrid en la puerta, empuñando un revólver con las dos manos.

Los ojos de la joven centelleaban.

—Vamos, levanten las manos —ordenó.

—Escuche, señorita...

Sigrid volvió el arma hacia Trent, que era quien acababa de hablar.

—Si cree que bromeo, pruebe a abrir la boca de nuevo —dijo enérgicamente—. Usted —señaló a Douglas—, tire ese palo inmediatamente. Y váyanse ahora mismo de aquí o empezaré a tiros con los dos.

—Nena, olvidas algo importante —dijo Darnell, todavía en el suelo—. Deben dejar aquí sus pistolas.

—Sí, es cierto —convino Sigrid—. Vamos, ya han oído. ¡Obedezcan!

Dominando la furia que sentían, Douglas y Trent dejaron caer las armas. Luego, en silencio, abandonaron el apartamento.

Sigrid corrió hacia la puerta y echó el cerrojo de seguridad. A continuación, guardó el revólver en el bolso que pendía de su hombro.

—Parece que he llegado a tiempo —sonrió—. Pero te han puesto una cara que da pena.

Darnell se tocó el pómulo, del que aún brotaba la sangre.

—Me pillaron de sorpresa —admitió—. Creí que serías tú y no tuve tiempo de reaccionar. Gracias por tu intervención, Sigrid.

—¿Necesitas que te ayude?

—No, gracias... —Darnell se levantó con gran esfuerzo—. Me duelen todos los huesos...

—Vamos al baño; te curaré el pómulo.

—Sí, lo necesito.

Sigrid se le acercó.

—Puedes apoyarte en mí —ofreció su ayuda.

—¿Se te ha pasado ya el enojo?

—No puedo vivir constantemente enfadada —contestó ella.

Darnell se echó a reír.

—¡Vaya entrada en escena! Parecías Angie Dickinson, en sus buenos tiempos de mujer policía...

—En esta época, es conveniente que una joven sepa defenderse —explicó ella.

—Sí, tienes razón. Oye, ¿sabes que anoche desempeñaste muy bien tu papel de chica con unas copas de más?

—¡Pero si era cierto! —exclamó Sigrid—. Me había tomado dos dobles de *whisky* y estaba que apenas podía ver...

Darnell fue a lanzar una exclamación de asombro, pero lo que hizo fue emitir un gruñido de dolor, porque ella le estaba ya desinfectando el corte del pómulo. Apretó los dientes y, pasados unos segundos, se sintió algo mejor.

—De modo que te emborrachaste auténticamente —dijo.

—No estaba segura de desempeñar la comedia de un modo satisfactorio, así que me tomé esas copas de más antes de ir al Sevilla. Por supuesto, conservé un mínimo de lucidez para no

cometer una imprudencia.

Darnell se echó a reír.

—Bueno, así la cosa salió redonda —dijo—. Conseguí el sobre, ¿sabes?

—¿Te ayudó la fotógrafa?

—Sí, se portó muy bien. Todo resultó tal como lo había planeado. Y por eso han venido los dos matones... Por cierto, ¿qué tal has pasado la noche después de la borrachera?

Ella secó la herida y aplicó una tira de tafetán.

—Bien, el propio Barris me llevó y me metió en la cama, sin desvestirme, por supuesto. Me quedé dormida como un tronco.

Darnell se acercó más a Sigrid. Durante unos segundos, los dos cuerpos permanecieron en contacto, mientras ella terminaba la cura. Darnell percibió claramente el suave palpar del pecho de la joven. Pero cuando quiso disminuir aún más las distancias, Sigrid se retiró un par de pasos.

—Y ahora, Val, tengo que decirte algo interesante. Por eso vine a tu casa —manifestó.

—Piensas dejar que destruya el contenido del sobre —sonrió él.

—¿Cuál de los dos?

Darnell frunció el ceño.

—¿A qué te refieres, Sigrid?

—El sobre ha vuelto a la caja —respondió la joven.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, súbitamente. Darnell echó a correr y se arrodilló en la sala, junto a la alfombra, uno de cuyos picos levantó en el acto.

Inmediatamente, se puso en pie, blandiendo el sobre.

—Lo tengo yo —dijo.

Sigrid estaba en la puerta, mirándole fijamente.

—¿Has examinado su contenido? —preguntó.

—Todavía no. Llegué, lo puse debajo de la alfombra y me metí en la cama inmediatamente. Estaba muy cansado...

—Ábrelo —ordenó ella.

Darnell lo hizo así. Segundos más tarde, lanzaba una exclamación de asombro.

—Son fotocopias.

—Exacto.

—Y eso significa...

—Las fotocopias no pueden surtir efectos legales en un tribunal, pero sí en otros aspectos, cuando sólo se debate la conducta moral de un candidato.

Era un argumento absolutamente certero, reconoció Darnell.

Meditó durante unos segundos. Luego dijo:

—Está bien, vamos a ver si terminamos con este maldito asunto de una vez.

—¿Tienes alguna idea, Val?

—Haré algo parecido a la trampa del lazo en Wahalee Field —respondió Darnell firmemente.

CAPÍTULO XII

Durante veinticuatro horas, Sigrid no tuvo la menor idea de lo que hacía Darnell. Al día siguiente, a las seis de la tarde, Darnell apareció en su casa, con un maletín en la mano.

—Todo listo —dijo.

—¿Daré resultado? —preguntó ella ansiosamente.

—Así lo espero. ¿Lo has llamado?

—Sí, llegará muy pronto.

—Está bien. Sigrid, después de lo que suceda, ya no te pediré nada. Si insistes en tus propósitos, haz público el contenido del sobre. Pero si destruyes lo que contiene, lo harás por tu propia voluntad. Ten esto bien presente.

La joven estaba muy pálida.

—Tomaré mi decisión cuando todo haya acabado —respondió.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Segundos después, oyeron la voz de la sirvienta:

—Pase, señor Barris; la señorita está en su gabinete.

—Gracias, Marta.

Barris hizo su aparición a los pocos instantes. Vio a Darnell y se detuvo en seco.

—Sigrid, no me gusta la presencia de este individuo en tu casa —dijo hostilmente.

—Randy, el señor Darnell tiene que decirle algo de importancia. Luego se marchará —repuso ella tranquilamente.

—Está bien, hable —pidió Barris.

Los dos hombres se midieron con la vista unos instantes.

Darnell advirtió gotas de sudor en la frente de Barris. Empezaba a sentirse aprensivo, dedujo.

—Señor Barris, aunque no tengo ninguna autoridad oficial, debo acusarle de algunos crímenes, no cometidos por usted directamente, pero sí instigados y, desde luego, pagados generosamente —empezó

a hablar—. Todos los asesinatos cometidos lo fueron para ocultar un hecho irrefutable: las pruebas falsas, basadas, sin embargo, en ciertos hechos carentes de importancia, que el padre de Sigrid fabricó hace años. Bueno, no personalmente, sino por mediación de gente conocida, que le debía favores o a los que obligó a plegarse a sus deseos.

»Así podríamos hablar de la muerte de Jerry Sax, de la de Hugh Vessel, el primero, para que nunca pudiera decir que había hecho jugar a Hannings y el segundo para que nadie supiera que él se había caracterizado como el candidato la noche que le tomaron una fotografía en compañía de la señora Crown... Sin embargo, Ebony Hutts vive todavía y fue la que puso la droga en la copa de Hannings, aunque quizá se consideró que no valía la pena hacerle nada, porque su declaración no resultaría comprometedora.

»Pero cuando uno tira de una cereza del cesto, nunca la saca sola... y así, tras una muerte vino otra y el número de bocas que era preciso tapar resultaba infinito. Creighton asesinó a Vessel, pero al resultar inesperadamente detenido, era preciso hacerle callar y para ello se recurrió a Fregatti... En el ínterin, usted se dio cuenta de que el verdadero peligro era yo y por eso recurrió primero a la intimidación por medio de una nota en la que mencionaba mi nariz.

»¿Quién podía haber dejado aquella nota, pasándola por debajo de la puerta, sino la persona que tenía libre acceso a esta casa, como usted? ¿Quién, después, envió la serpiente venenosa por mediación de Sigrid, sino el gran amigo de su difunto padre y ahora defensor de sus intereses? Y, otra pregunta, ¿quién sino usted podía enviarla a ella a mi casa de la playa, sabiendo que, cuando llegase, ya sólo encontraría mi cadáver?

Sigrid tenía la vista fija en Barris, cuyo rostro aparecía ahora ceniciento, pero también brillante por el sudor que lo cubría completamente. Darnell hizo una pausa para tomar aliento, lo que aprovechó Barris para fingir una risa de incredulidad.

—Tiene usted una fantasía asombrosa, amigo mío —dijo—. ¿De dónde ha sacado todas esas historias, que no creería un niño de pecho?

—No tardaré en probar todo cuanto he afirmado —aseguró el joven, sin alterarse un ápice—. Cuando uno sospecha de cierta persona, lo mejor que puede hacer es investigar su pasado a fondo,

y yo ya lo he hecho, naturalmente. Barris, usted fue en tiempos oficial del Servicio de Inteligencia del Ejército, un competente oficial, todo hay que decirlo. Sin embargo, para evitar problemas mayores, decidió dimitir. Pero le quedó la inapreciable experiencia adquirida en aquella época, lo cual explica su conocimiento de tantas y tantas cosas relativas a toda clase de personas. En una palabra, información, que usted almacenaba para cuando le llegase el momento más adecuado. Así llegó a conocer datos y reunir documentos y pagarés y también supo que se podían trucar fotografías, sin necesidad de manipular en los negativos, como en el caso de Vessel y la señora Crown...

»Pero también aprendió a poner y quitar trampas electrónicas y a abrir cajas fuertes con una o varias claves. Aunque en este caso, me inclino más a creer que fue el padre de Sigrid quien le facilitó esa inapreciable información, cosa que usted guardó para sí, ocultándoselo a su hija. Y ello le permitió apoderarse de cierto sobre que ella guardaba en esta casa.

—Si los documentos son falsos, ¿para qué quería yo el sobre? —preguntó Barris burlonamente—. No tendría sentido presentarlos para impedir la elección de Hannings, me parece.

—Esos documentos todavía podrían impedir la elección. Lo que sucede es que usted empezaba a sospechar que las intenciones de Sigrid daban ya muestras de cambiar y era algo que no le convenía. Por tanto, sacó los documentos y se los llevó, para obtener fotocopias, que se llevó a su caja fuerte del Sevilla, devolviendo luego el sobre con los originales, cuando Sigrid, oportunamente para usted, apareció en el restaurante con unas cuantas copas de más. Por eso envió a Douglas y a Trent a mi casa, para conseguir el sobre que yo le había quitado de la caja fuerte, cuando Kira le distrajo la atención con el espectáculo de Sigrid embriagada.

—Lo hizo con gran astucia, todo es preciso admitirlo —convino Barias que parecía recuperarse por momento—. Y, suponiendo que yo resultase ser culpable de todo lo que me acusa, ¿qué le indujo a sospechar de mí?

—La hipoteca de esta casa. Usted, un hombre tan bien informado, tenía que saber a la fuerza que la Compañía de Préstamos y Garantías, alias «La Despellejadora», es una guarida de tiburones. En lugar de ayudar a Sigrid, lo que hizo fue meterla en

una trampa de la que no podría salir, si acaso no se plegaba a sus deseos... cuando llegase el momento. Naturalmente, de esa trampa no obtendría usted provecho, sino el que daría orden de cancelar la hipoteca, cuando Sigrid la rescatase con sus encantos.

—¿Pretende decir que yo iba a acceder a una cosa tan repugnante?

—Claro que sí, porque no le quedaba otro remedio que hacerlo. Porque, además, fue usted el causante de que Mowatt fuese a la cárcel y Rhein lo sabe y le amenaza constantemente con revelárselo a su hija. Usted no podía soportar ser el segundo de Mowatt y luego ha caído todavía más bajo, porque sigue siendo un segundón y ha estado bailando al son que le tocaba Rhein y haciendo todo cuanto éste le ordenaba, para su propio beneficio. Ahora se demostrará la participación que usted tuvo en los asesinatos y Rhein quedara con las manos limpias, dispuesto a seguir con sus negocios turbios y sus grandes beneficios, mientras que usted se pudre en la cárcel.

—¡No! —bramó Barris—. Eso no es cierto... Rhein no me traicionará...

—Rhein le dejará a usted en la estacada, con la misma tranquilidad que si se tratase de un insecto. ¡Escuche!

Bruscamente, Darnell acercó su índice a una grabadora y presionó la tecla de reproducción. La voz de Rhein se oyó en el acto:

—¡Hola! ¿Qué tal, querido amigo? ¿Todo bien? ¿Ha tenido problemas?

—Ninguno —contestó el otro—. Todo marcha a satisfacción. Le estoy muy reconocido por su colaboración, señor Rhein.

Sonó una risita de complacencia.

—Ha sido para mí un gran placer. Alguien tiene que encargarse de limpiar esta ciudad y nadie mejor que usted para hacerlo.

—Le agradezco sus amables palabras, señor Rhein. Puede estar seguro de que, una vez que gane las elecciones, no dejaré de tener presente la valiosa ayuda que me ha prestado.

—Lo consideraré mi deber y, créame, en el momento de las elecciones, votaré por usted.

La conversación cesó. Darnell espiaba el rostro de Barris, quien parecía estar a punto de ahogarse.

—Es él... Hannings... —dijo Barris al fin—. Y se entenderá con

Rhein...

—Se lo dije y no quiso creerme —contestó el joven, impasible.

Después de estas palabras, sobrevino un profundo silencio. Sigrid contemplaba a Barris casi con lástima. Pero no podía olvidar que aquel hombre había ordenado asesinar a algunos de sus semejantes. Y también había traicionado a su padre por ambición, incluso había sido desleal con ella misma.

Una gota de sudor corrió por la mejilla izquierda de Barris. Sigrid se preguntó cómo reaccionaría finalmente.

De repente, sonaron voces en el vestíbulo. Barris se volvió hacia la puerta.

—Estoy citado con la señorita Mowatt —tronó alguien con acento autoritario—. Vosotros, esperad fuera; ya os llamaré si os necesito.

Sonaron pasos que se acercaban al gabinete. La puerta se abrió de repente y Rhein apareció en el umbral.

—¿Me ha llamado usted, señorita? —preguntó.

Sigrid vaciló. Rhein miró extrañado a todos los presentes.

—¿Qué pasa aquí? —exclamó, impaciente.

Súbitamente, Barris lanzó un ronco aullido. Sacó una pistola y apuntó a Rhein.

—¡Tú, maldito bastardo...! Me obligaste a hacer montones de cosas en tu propio provecho y ahora que ya no me necesitas, quieres deshacerte de mí...

Rhein lanzó un aullido de pánico y extendió las manos.

—¡Espera! Randy, no, escúchame...

Pero Barris estaba ciego y apretó el gatillo. Rhein se estremeció al sentir el primer impacto.

El arma detonó tres o cuatro veces más. Rhein acabó por desplomarse al suelo, mientras Barris, aturdido, lo contemplaba estúpidamente, incapaz de reaccionar.

Entonces, Darnell se le acercó y, sin encontrar resistencia, le quitó la pistola. Luego retrocedió un par de pasos.

—Hubiera resultado difícil probarle los otros crímenes, pero el jurado no le condenará por la muerte de Rhein —dijo.

En aquel momento, aparecieron Trank y Douglas. Darnell se encaró con ellos.

—Será mejor que se vayan por dónde han venido —aconsejó

secamente—. Aquí ya no tienen nada que hacer.

Los esbirros vieron a su jefe muerto y se sintieron desmoralizados. En silencio, sin pronunciar una sola palabra, dieron media vuelta y se marcharon.

Darnell dejó el revólver sobre una mesa.

—Sigrid, llama a la Policía —dijo.

—Ahora mismo, Val.

El sobre cayó sobre la mesa tras la que se hallaba Hannings. El candidato miró fijamente a su visitante.

—Val, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó.

—Nada, Stephen —contestó Darnell.

—Será alcalde. Puedo ofrecerte un puesto en mi plan mayor...

—No, no quiero ningún cargo público.

—Pero... Val, tú tienes un título de ingeniero. Eres muy competente; yo podría ofrecerte...

Darnell lanzó una risa amarga.

—Soy ingeniero y he estado actuando como un espía de opereta —dijo—. La verdad es que debía estar loco, aunque sólo he sabido verlo ahora.

—No te entiendo, Val —declaró Hannings, completamente desconcertado.

—Ni yo lo deseo —respondió el joven—. Lo único que debes saber es que, para que tú resultes un personaje inmaculado, yo he tenido que hacer un montón de cosas sucias, nada agradables, y que no deseo volver a repetir la experiencia por nada del mundo.

Giró en redondo y se encaminó hacia la puerta. Desde allí, miró a Hannings, quien permanecía inmóvil al otro lado de la mesa.

—Añadiré algo —dijo—. Aprovecha esta experiencia, trata de no cometer errores, porque ya no me tendrás a mí para ayudarte en otra ocasión. Adiós. Stephen.

—Adiós. Val.

Al salir. Darnell respiró profundamente.

—Esta atmósfera apesta —murmuró—. Necesito un cambio de aires.

Salió de la playa, después de un buen rato de ejercicios natatorios y se inclinó para coger la toalla. Una mano se la entregó antes de que la tocara.

Darnell se limpió la cara de gotas de agua y sonrió.

—Hola, Sigrid.

—¿No me das la bienvenida a tu retiro? —preguntó ella.

—¿Por qué no? Pero tienes que explicarme qué te ha impulsado a venir aquí.

Sigrid sonrió maliciosamente.

—Pensé que podría colaborar a que el guerrero consiga un buen merecido reposo —contestó.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio. Val. Con una condición.

—¿Es difícil de aceptar?

—¿Fue cierta la conversación entre Rhein y Hannings?

Darnell se echó a reír.

—Conozco a un hombre, buen amigo, que imita a la perfección las voces de cualquier personaje. Le di el guion, le pasé unas grabaciones con las voces de Rhein y de Hannings, obtenidas de distintas entrevistas de radio y televisión...

—Entonces, ésa fue la trampa que le tendiste a Barris.

—No había otra forma de concluir el asunto.

—Sí, me imagino que era la única solución —suspiró la joven—. Pero dime, ¿seguirás en el equipo de Hannings? Ha ganado las elecciones, barriendo literalmente a su rival...

—No —contestó él—. Volveré a utilizar mi diploma de ingeniero. Sólo que tengo ciertas aptitudes para las relaciones públicas y Hannings me pidió que le ayudase en la campaña electoral. Cuando tú le amenazaste con la publicación de los documentos, se sintió desesperado, porque si hubiese recurrido a otro, le habrían abandonado todos. Es la única explicación posible.

—Val, yo estoy en la ruina, aunque después de esto, confío en que Dalhane me hará buenas condiciones para solucionar el asunto de la hipoteca.

—Oh, no te he preguntado por tus asuntos económicos. Lo único que me gustaría saber es si has venido aquí por unas pocas horas... o para empezar a caminar a mi lado siempre.

—Lo segundo —respondió Sigrid, sonriendo—. Y no sabes cuánto me alegro de tu decisión.

—Te aseguro que no lo lamentaré jamás —dijo Darnell.

Pasó una mano por la cintura de la joven y la empujó hacia la

casa.

—Empecemos a caminar juntos —añadió.

—Sin temor a la larga mano de Rhein, de la muerte, en una palabra.

Darnell asintió. Momentos después, la puerta se cerraba tras ellos.

Varias horas más tarde, oyeron la bocina de un automóvil. Darnell se incorporó.

—¿Quién puede ser? —se extrañó.

—Deja, yo saldré a recibir al inoportuno.

Sigrid se puso la bata y fue a la puerta. Al abrirla, vio a Kira que se acercaba a la casa.

—Hola —dijo—. ¿Desea algo?

Kira se detuvo en seco.

—Quería ver a Val... perdón, al señor Darnell...

—Ahora no puede recibirle, señorita.

Kira sonrió.

—Me lo imagino. Pero no vaya a pensar mal de mí, señora Darnell.

—Claro, claro. ¿Qué iba a decirle, señorita Lomm?

—Bueno, ya tengo un empleo... Su amigo me aceptó como cajera en el supermercado... Pensé que le gustaría saberlo, ¿comprende? Gracias por todo y adiós, señora Darnell.

—Adiós —contestó Sigrid.

Kira se marchó. La voz de Darnell sonó en el interior de la casa.

—Sigrid, ¿quién es?

Ella se volvió.

—No era nadie en particular. Un pescador, que preguntaba por los mejores lugares para tender su caña.

—Aquí no hay pesca apenas —rezongó él.

—Eso es lo que le he dicho, querido.

Sigrid entró y volvió a cerrar cuidadosamente. Sonrió mientras avanzaba para reunirse de nuevo con Darnell.

—Pronto podré llevar verdaderamente ese apellido —murmuró.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

